



**PREGÓN**  
de la  
**SEMANA SANTA**

Vicente Luis García Caviedes

Sevilla 1994

**Pregón de la Semana Santa  
Sevilla  
20 de marzo de 1994  
Vicente Luis García Caviedes**



*A mis padres y hermano.  
A Pepa, Rocío y Vicente  
A los niños de Sevilla,  
para que cuando sean adultos, e  
incluso, Pregoneros de la Semana  
Santa, proclamen a JESUCRISTO  
Vivo y Resucitado.*



*Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo*

*Excmo. Sr. Alcalde*

*Illmo. Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de esta Ciudad.*

*Dignísimas Autoridades.*

*Cofrades y Amigos.*

*Señora y Señores*

**A** los niños de Sevilla, que son esperanza del mañana y alegría de hoy, nazarenos y acólitos de nuestras Hermandades, para que, aunque con sus ojos les parezca que Cristo está muerto, cuando se hagan cofrades adultos, o incluso pregoneros de nuestra Semana Santa, lo manifiesten a los demás vivo y resucitado.

Era Domingo de Ramos. Sevilla despertaba, una vez más, después de haber soñado primaveras, a la luz, los perfumes, nostalgias y vivencias que han configurado con una homogeneidad de siglos, la identidad de esta metrópolis milenaria que tiene raíces turdetanas y origen en el que fue entramado comercial fenicio.

Otro año más, se hacían presentes esos sentimientos que poseemos escondidos en lo más íntimo y se nos han transmitido de generación en generación hasta adueñarse totalmente de nosotros, haciéndonos sentir lo que en realidad somos todos en Semana Santa: sevillanos.

Se repetía nuevamente, con las connotaciones propias de nuestra idiosincrasia, la conmemoración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, según Sevilla la entiende, que es como quiso Dios concebirla para esta Ciudad. Había terminado, hacía unas horas, la Procesión de las Palmas, comienzo litúrgico y adecuado de la Semana Santa, que tienen el



recogimiento y solemnidad propio de lo que está reservado a las minorías.

Vencido el mediodía, ya en la casa, lejos de la Iglesia de la calle Recaredo, se preparaba la túnica de un nazareno de apenas tres años de edad, de la Hermandad de San Roque.

La madre, como es consustancial en ellas, no dejaba atrás ningún detalle; iba y venía de un lado para otro, con la capa blanca sobre el brazo, con el antifaz en la mano o bien con los escudos. Se empezó a vestirlo con la ceremonia que ello requiere, porque hasta para esto los sevillanos tenemos un estilo y modo únicos, que deben ser mantenidos y respetados, aunque a otros ojos puedan parecer incomprensibles. Los padres, cuando en Sevilla enseñan a sus hijos a ponerse la túnica de nazareno, les están transmitiendo varias cosas; entre ellas, el mensaje que así vestido deberán hacer su última Estación de Penitencia.

¿Es, o no, por eso trascendente, cofrades y amantes de las cosas de Sevilla enseñar a un niño cómo tiene que vestirse de nazareno? Si es así como se encontrará cara a cara con Dios cuando sea llamado a su presencia.

Pues bien, la madre, como todas las que saben asumir y desarrollar el fundamentalísimo papel que tienen en las Hermandades, ejecutaba los últimos retoques de aquella íntima y doméstica liturgia, recogiendo por algún lado la capa o dando los necesarios tirones a la túnica hasta dejarlo todo por igual. Solo restaba ponerle el capirote con el antifaz antes de salir a la calle.

La edad del nazareno; el recorrido que tenía la Hermandad y, sobre todo, el calor de aquel Domingo de Ramos, obligaban a recogerlo al cartón con los socorridos perdibles. Mas a pesar de los conocimientos del padre y del celo puesto en el bien hacer de la madre, lo que no previeron es que el niño, cuando recorrió el antifaz a lo largo de la cara y parte de su pequeño cuerpo, se dio cuenta, después de cogerlo y hacer con las manos varios giros, que no tenía marcado el hueco de los ojos. Se quedó quieto y empezó a gemir. Le intentaron explicar el por qué y la razón de la conveniencia que reportaba llevar el antifaz levantado, pero en aquel momento se lo quitó y alzando su manita, con el dedo índice inquisitivo, dijo: "Así no, nazareno". Creyendo no



tener solución, empezó a llorar. Los padres se miraron atónitos preguntándose sin palabras, cómo era posible aquello, si no tenía edad; si era la primera vez que se vestía de nazareno y no sabía andar con la túnica. Cómo iba a soportar el calor que hacía con el antifaz de terciopelo echado sobre el rostro a riesgo de darle al niño, como decía la abuela, también presente en la escena, un sarampión menudito o un torozón.

La verdad es que aquellos padres no supieron calibrar la calidad de cofrade sevillano que ya encerraba aquel cuerpo pequeño. A esa hora, más tarde que temprano, hubo que hacerle los huecos oculares al antifaz, para que fuera como deben y tienen que ir todos los nazarenos, desde su casa hasta su casa, con el antifaz echado sobre el rostro al objeto de que nadie sepa de su Estación Penitencial.

La recoleta plaza de Carmen Benítez, en la que el sol a la salida de la Cofradía no quiere jugar con sombra alguna, para posarse quedo sobre las potencias y el cuerpo herido Nuestro Padre Jesús de las Penas, envolvió al nazareno, y entre cirios, caminó por primera vez en su Cofradía, con una varita en la mano. No tuvo agobios, ni agotamientos, ni se hicieron realidad los temores de la abuela, porque detrás de él cuidaba, mejor que su madre de la tierra, la del Cielo, Nuestra Señora de Gracia y Esperanza.

*Qué nombre tan bonito  
para la Virgen María:  
Gracia y Esperanza.  
Nos suena  
a caricia suave  
y a ilusión que llega.  
A piedad que colma,  
a confianza plena.  
A misericordia infinita  
y a expectación terrena.  
Por eso tu nombre,  
Señora,  
nos embelesa de tal manera,*



*que con sólo pronunciarlo  
se nos olvidan las penas.*

Y así, llevado por la Madre celestial, continuó haciendo ejemplarmente, su primera Estación de Penitencia. Hoy es nada más ni nada menos, que un costalero de Sevilla.



Niños de Sevilla, que constantemente nos estáis dando a las mayores lecciones de bien hacer y que el día de mañana seréis Consiliarios, Hermanos Mayores o, incluso, Pregoneros de la Semana Santa y porque en Sevilla el nazareno es siempre niño, dado el afán e ilusión que pone en las cosas de su hermandad; conociendo, además, por el Evangelio, que con esa condición podrá estar más cerca del Señor. Quiero a vosotros dedicaros esta salutación:

*Niño de Sevilla,  
silente clavel  
de nuestras sonoras calles,  
futuro cierto que ahora especta  
la antigua  
Híspalis gloriosa.  
Te mira confiada  
y sin recelo  
nuestra Esencia de Piedras  
más airosa.*

*Niño de Sevilla  
acólito precedente  
de un Cristo  
que parece muerto,  
no alteres,*



*eterno Cirineo,  
su sueño de siglos  
que Sevilla no quiere  
verlo despierto.  
Niño de Sevilla  
afán constante  
fiar temprana  
y germen venidero,  
ilusión continuada  
de tu Hermandad  
cuando vistes  
la túnica de nazareno.  
Llanto continuo de una madre,  
porque también  
eres ángel en el Cielo.  
A ti chaval sevillano,  
a ti dedico mi ruego  
porque sí que eres  
esperanza, luz,  
destino y sendero.*



**A**ntes de iniciar el camino que representa el Pregón, con los nervios propios y la prevención lógica del comienzo de las cosas que entrañan mucha responsabilidad, por ir dirigidas directamente al alma de Sevilla, quiero agradecer al Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo las palabras de aliento y de asistencia espiritual que me ha dirigido en cada ocasión que he tenido la dicha y el honor de saludarlo. Monseñor, gracias filialmente con mi consideración y respeto, y también, con el cariño que se ha ido aumentando a medida que el trato se hacía más frecuente, desde mi cargo en la Junta Superior del Consejo de Hermandades y Cofradías y como Hermano Mayor de una Hermandad de Sevilla.

Gracias al Excmo. Sr. Alcalde por nombrarme Pregonero. Conozco, por nuestra contemporaneidad, su amor por las cosas de Sevilla.

Igualmente he de agradecer al Illmo. Sr. Presidente, Cargos Generales, Consejeros de la Sección de Penitencia y demás miembros de la Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de esta Ciudad, este honor y esta distinción inigualable para un sevillano, que es pronunciar el Pregón de su Semana Santa. Honor y distinción que se acrecientan al encontrarme profundamente vinculado con las Hermandades, hasta tal punto, que me enorgullezco de ser Hermano Mayor de la Hermandad del



Rocío de Triana, y, a través de ellas, poder servir a nuestra histórica Iglesia de San Leandro y San Isidoro, por la que debemos caminar, como decía San Pablo: "*Según el don del Espíritu*". Gracias amigos y compañeros de la Junta Superior, porque actualmente colaboro con la Iglesia desde mi Hermandad, y aunque no me siento con vosotros en la mesa de Juntas del segundo piso de la casa de la calle de San Gregario, sí me considero de ella por haber permanecido ocho años, en dos etapas diferenciadas en el tiempo, pero no en el contenido. De ahí, que asuma y comparta ilusión, tarea y decisiones, aunque a veces no sean suficientemente comprendidas, por la carga de individualismo que solemos poner en nuestras propias inquietudes.

Al Ilmo. Sr. Delegado de Fiestas Mayores del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, mi agradecimiento por siempre, desde la emoción reprimida de haber oído a grandes rasgos la narración afectuosa de mi vida. El relato de ese discurrir en la Sevilla de mis amores, donde nació mi familia, mi mujer y mis hijos, que magistralmente ha connotado y sintetizado con motivo de este transcendental acontecer, me ha hecho meditar hondamente sobre el camino recorrido y ha servido, como si el Santísimo Cristo de la Providencia de la Cofradía Servita lo hubiera dispuesto, a la vez que de encuentro conmigo, de pósito e inicio de lo más significativo que, como sevillano cofrade, ha ocurrido en mi vida. Gracias. Hombres que tienen entereza profesional, rigurosidad en el trabajo y amabilidad y simpatía para con todos, hacen falta en nuestra clase política.

También quiero agradecer a las Hermandades, especialmente a las del Amor, Estudiantes y Quinta Angustia, el apoyo e impulso que he recibido de ellas. Y a ti Hermandad del Rocío de Triana, que un día de Septiembre de 1991 me nombraste tu Hermano Mayor, porque te has volcado de tal manera con mi persona y con mi familia que, el comportamiento mantenido por los Hermanos y la Junta de Gobierno, desde mi designación hasta hoy, ha hecho posible la realización material del Pregón. Gracias y Perdón. Perdón, por ausentarme de ti más tiempo del deseado y que hayáis tenido que soportar, sin alteración alguna, esta situación. Ambos, debemos ofrecérselo a Sevilla. Yo con mi eterno agradecimiento y tú, Trianera Peregrina, con la grandeza y el señorío con que sabes hacer las cosas desde 1813.



Y a todos vosotros, amigos y cofrades de Sevilla. Hombres y mujeres, *"que sois fuertes en la Fe"*, que dijo Su Santidad el Papa en su última visita. Constituís la asamblea inalterable de las Cofradías que, convocada anualmente para este acontecimiento, hacéis del acto muestra expresiva del interés y predilección por el Pregón, y por ende, comprensivos e indulgentes para quien lo da. Gracias por la asistencia, sin la que no sería posible el evento y, sobre todo, por vuestra benevolencia. Quieran el Santísimo Cristo de la Conversión y Nuestra Señora de Montserrat, que esta proclamación pueda convertirse en una común unión de sentimientos, identidad y emociones, que le hagan decir al pregonero, con el Evangelista San Juan: *"No es por mí, por lo que se ha dejado oír esta voz, sino por vosotros"*.

También a ti, sevillana o sevillano, natural o de adopción que, a través del misterio insondable de las ondas estás en contacto con mi voz en esta mañana peculiar y única de Sevilla, bien en vuestras casas, en los Hospitales, Residencias u Hogares de Pensionistas, como el de mi Hermandad del Rocío, en el coche o debajo del paso de la Borriquita, porque sus costaleros hacen en estos momentos la mudá, y como buenos cofrades que son quieren estar atentos a todos los aconteceres de nuestra Semana Santa. Gracias.



A vosotros, ancianos y enfermos, que sois los auténticos Cristos vivos de esta Ciudad, sabed y estad seguros, desde mi voz, que estáis abrazados y coaligados por la vocación y el espíritu adelantado a su tiempo de Sor Angela de la Cruz y de Miguel Mañara. Ellos fueron vuestros mentores en Sevilla y son los más seguros valedores allí en el Cielo, también de Sevilla, ya que, si por nuestras creencias encontraremos la felicidad suprema en ese lugar, no tiene más remedio que existir en él, el alma y la esencia de ella, porque, decidme si no, cómo podemos ser felices eternamente los sevillanos si no hubiera un Cielo de Sevilla. Allí están la Madre Angelita y Miguel Mañara velando por sus Sagrarios vivos. Ellos, que tantas veces adoraron a Dios en el Sagrario recóndito, silencioso y humilde de sus casas, ahora interceden por sus enfermos y ancianos a fin de que en el otoño de la vida tengan el consuelo necesario para hacer el tránsito a la otra con la esperanza cierta de la Resurrección. Por eso, muy cerca de la Caridad y de la calle Temprado está la Cofradía que, después de varias sedes, ha encontrado junto a los ancianos del Caridad su sitio y razón de ser.



*Llagas lacerantes  
del Cristo de las Aguas.  
Yo te pido, Señor,  
En este día  
que inundes sus  
vidas con Tu Gracia,  
Y que al vivir  
Tan cerca de ellos  
Tu misericordia  
Se derrame en  
abundancia.  
Míralos, Señor,  
como Mañara los quiso,  
juntos y asistidos  
en su asilo, y  
que la Virgen de  
Guadalupe sea su consuelo,  
su paz y su alivio,  
enfermos y ancianos  
de Sevilla,  
vosotros sí que sois  
nuestros Cristos vivos*



Con el pensamiento puesto en el hecho de más transcendencia, para nosotros los cristianos, que le ha ocurrido al género humano, cual es la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor; metidos en las alforjas del alma el aire, los perfumes de las calles, las tonalidades del cielo y la evocación de nuestras plazas y adarves, vamos a esta hora del mediodía, presente aun en nosotros el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios con el anuncio del Ángel, a iniciar el camino del Pregón.

Al pisar sus umbrales, invito a que os acomodéis lo mejor posible sobre todo en el orden espiritual, para que mis palabras, inspiradas por el Santísimo Cristo del Buen Fin, sirvan como la semilla, que cuenta el Evangelista, que, al caer en tierra buena, produjo abundantísima cosecha y que recolectada, se destine a una nueva evangelización. Por eso, al Cristo del Buen Fin, aunque parezca una paradoja, le pido al principio de esta mi Estación de Penitencia, que estas palabras salgan de mi boca y las ideas de mi cabeza de una forma clara y diáfana, que puedan ser sentidas y, sobre todo, entendidas como un mensaje de amor que, envuelto de una alegría entusiasta, inunden con gozo y esperanza vuestros corazones. Por ello, me acojo a Ti y a Nuestra Señora de la Palma. Recordando a Santo Tomás: "*Señor, instruye mi lengua y difunde con mis palabras la fuerza de tu bendición*".

Pretendo fundamentalmente que, ya próximos por las calles nuestros Cristos y nuestras Vírgenes, permitidme el plural más como expresión de sevillanía que de incorrección, recordemos que un día fuimos bautizados y, en consecuencia, comprometidos con el Misterio de la Salvación compartida del hombre.



**M**e contaba un nazareno de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Despojado de sus vestiduras y María Santísima de los Dolores y Misericordia, que un Domingo de Ramos, al caer las primeras sombras de la noche, todavía sobrecogidas por el estruendo de tambores y trompetas que acompañan a la mayoría de los Pasos que salen ese día, se encontró por las angostas calles de Padre Marchena y D<sup>a</sup> Guiomar a la Cofradía, que ha sido una de las más probadas en su Fe y Amor al Cristo desposeído de intimidad, para así mostrarnos su Humanidad en la abyección y el bochorno de su pública desnudez.

Ese hombre que vio a Jesús en la anocheada del Domingo y que toda su entidad fue zarandeada por el bullir incesante de flores y velas del Paso de Palio, se acordó de sus primeros años, en los que estuvo unido a la Virgen por el cordón umbilical que le proporcionaba el cariño y enseñanza de su madre, cuando muchas noches, al pie de su cuna, le decía lo mismo que hacen las madres de ahora, aquello de "*...La Virgen María en mi cabecera ...*".

El recuerdo de aquella oración y de su madre, ante la visión sobrecogedora de Nuestra Señora hizo despertar su conciencia dormida y, recordando aquella mujer que le transmitió su fe y su amor a la Virgen María, entre lágrimas de arrepentimiento, dijo: "*Tu que estas tan cerca de mí madre allí en el cielo, dile que ya no me apartaré de Tu lado; que quiero ser mejor cristiano y que voy a indicar a mis hijos, igual que lo hiciera su abuela conmigo, donde estas Tu, y cuál es el camino que lleva hasta Tí*". Se apuntó en esa Hermandad y es hoy un cofrade íntegro, sumido en la inmunidad del anonimato que suponen la túnica y el antifaz.



Voy, desde aquí, a unirme a su oración callada, y rezar:

*Jesús, hombre y Dios de ropas despojado  
para mostrar, humilde, Tu naturaleza humana,  
muéstrame también Tu faz Divina  
para que mí atormentada alma sevillana  
sepa con rigor por dónde caminas.  
Que el perdón me llegue de Tus manos,  
con largueza de antorcha que ilumina.  
Y así morir, contigo, y despojado.*



Lo que vamos a celebrar dentro de unos días, es como el Canon de la Santa Misa, algo que está enraizado de tal forma, que, para muchos, es el centro y núcleo de sus vidas. De ahí, que el Pregonero quiera sistematizar su Pregón a través del eje de una de las Plegarias Eucarísticas, para así darle un sentido comunitario que nos sirva a todos, a la vez que, de oración, principalmente de alabanza. Al ser la Semana Santa testimonio de nuestra Fe, tenemos que anunciar su Muerte y proclamar su Resurrección. En los inicios de esta andadura, nos detendremos en el mismo Sacramento de la Eucaristía. Jesús, el día primero de los ázimos, en la Sagrada Cena, nos ofreció su Cuerpo y Sangre por los siglos venideros. Sigue ofreciendo esa misma Consagración el Domingo de Ramos en la Humildad del Pan y en la Paciencia de Su infinito amor, esperando nuestra conversión auténtica, como esperó el padre del Hijo Pródigo de la parábola de San Lucas. Esa Hermandad nos muestra plásticamente, como Jesús, rodeado de los Apóstoles, instituyó el Sacramento del Amor en aquella "*sala, alfombrada y dispuesta*", que señala San Marcos, convertida hoy en cualquier esquina de su recorrido y en la que la visión de las lágrimas de Nuestra Sra. del Subterráneo invitan constantemente a que, por la frecuencia de la Eucaristía, tengamos la misma vida de su Hijo.

Realizada la Consagración, para anunciar la Pasión del Señor, dejadme que os traslade con la mente a la calle Doctor Letamendi, antigua Correduría, o a las esquinas de la Plaza de la Europa, que se formaron siendo asistente de



nuestra Ciudad el Conde de Barajas. Vemos en la tarde del Jueves Santo, su preludio plasmado en la Oración en el Huerto.

Señor, haz hecho posible que pasara ese cáliz que vivía Tu Hermandad. Así se cumplió Tu voluntad. Han sido alumbradas nuevas ideas y nuevas vivencias que cicatrizarán definitivamente las heridas que produjeron la división e incomprensión. Tu sudor de sangre, Jesús, impregnará a todos sus Hermanos con tal entusiasmo que avive las conciencias de los apóstoles de Tu Hermandad que, por las circunstancias vividas, parecían estar como en un sueño de indiferencia y con ello despierten, con la suave mecida de Tu Paso, a una realidad donde se haga presente el mandamiento nuevo, que no lo es en el tiempo sino porque los hombres, aún, no lo hemos puesto en práctica. Así será más llevadero el cáliz, que un día cogiste en el Huerto, que aún existe en Jerusalén, frente a la Puerta Dorada de su muralla Oriental. Tus hijos del Barrio de la Calle de la Feria, lo han convertido en vergel barroco y dorado que camina entre saetas, en la Noche del Jueves Santo, recordando a la que dice:

*En el Huerto contemplaba  
el Justo Dios de Sión  
los martirios que esperaba,  
en su Sagrada Pasión,  
y sangre pura sudaba.*

Señor, Tu mirada fija en el Cáliz; Tu boca entreabierta y el sudor de Tu sangre, hacen que nuestros corazones vuelen al lado de Tu Madre, María Santísima del Rosario, y entre sus varales calados, que sostienen ese Palio único, quiten el puñal que atraviesa su pecho y le digan al oído: Virgen mía, Tus hijos de Monte-Sión te admiran y proclaman Reina de Tu Barrio. Es ya, María, una Hermandad ejemplar de Sevilla, porque el "amaos los unos a los otros" se ha hecho presente entre ellos.



Y es así, sevillanos y cofrades; es cumpliendo el nuevo mandamiento como tenemos que anunciar en Sevilla la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. Hoy la sociedad nos exige algo más que una simple exaltación votiva y externa, cuya repercusión puede ser insustancial. Requiere que esa adoración sea, según el Nuevo Catecismo de la Iglesia: *"la primera actitud del hombre que se reconoce criatura ante su creador y por eso nos llena de humildad y de seguridad en nuestras súplicas"*. De esa forma no hay duda, será una adoración *"en espíritu y en verdad"*, como dijo el Señor a la samaritana.

Hoy, la droga, el paro y el gasto exagerado y dilapidante de cosas innecesarias, se han instalado en medio de nosotros de manera preocupante; tanto que pueden afectar gravemente, incluso, a nuestra propia identidad. En esta sociedad llamada del bienestar, que para muchos intelectuales de nuestro tiempo está en proceso de declive desintegrador, que nos puede llevar al anonadamiento, es cuando más se torna preciso, cerrar filas en las Hermandades y Cofradías, para reflexionar, cómo son nuestras relaciones con los demás; no la de los demás con nosotros.

Se ha escrito recientemente, por el que fue Premio Nóbel en 1970, que: "Si no aprendemos a limitar rigurosamente nuestros deseos y nuestras exigencias; a subordinar los intereses a criterios morales, la humanidad entera se desgarrará ente sí".



Por ello, desde Nuestras Hermandades y Cofradías, hay que hacer un constante ejercicio de solidaridad, basado en el amor que nos lleve a erradicar las plagas del tiempo en que nos ha tocado vivir. No esperemos leyes salvadoras. ¿Dónde está la salvación de la vida en la ley del aborto? Debemos intentar con todos los medios a nuestro alcance nosotros los cristianos comprometidos y cofrades implicados en esa nueva y necesaria evangelización, , poner la luz de la Doctrina de la Iglesia de la Encíclica "*Centesimus Annun*", que es un proyecto de paz social, basado en la justicia y la libertad, encima del candelero que supongan el apoyo y entrega por el prójimo, y nunca debajo del celemín de nuestro egocentrismo y ambición, porque así jamás daremos testimonio de que la fuerza del Espíritu da Vida y Santifica todo.



# E

se Espíritu es el que nos tiene que llevar a entendernos con los hombre de tal manera que la proclamación de la Pasión sirva de puente y cercanía con ellos, porque si no es así difícilmente podremos entender la aflicción Jesús de las Penas. Cristo implorante y solo, pese a ir rodeado de sayones. Tienes la Cruz en el suelo en la señal de espera y acogida. Atraviesas en la tarde del Domingo de Ramos el Puente de Triana, para mostrar a Sevilla Tu dación infinita y límites y también para que cada uno de tus hijos, comprendan que tienen una cruz, aunque sea en el suelo cómodo del olvido. Pero, Triana quiere que de la oscuridad que envuelve Tu Pena brote la luz que irradia la Estrella más reluciente de nuestro cielo. Y a Ti, Nuestra Señora de la Estrella, esta mañana de Sevilla luminosa, como Tu, te ofrezco mi alma.

*Virgen de la Estrella  
Luz y Guía de Triana  
en tus manos primorosas  
quisiera poner mi alma  
y mitigar el dolor  
que Tu corazón emana.  
Triana te mira,  
llora y calla.  
Tranquila. Aunque del*



*puente te alejes,  
volverás de madrugada,  
y contigo la claridad  
y alegría de tus hijos  
que te aclaman.  
Virgen de la Estrella,  
en tus manos primorosas  
quisiera poner mi alma,  
para que la muerte no venza  
con su noche inacabada,  
ni el resplandor de Tu luz  
ni el consuelo de Tu cara.  
Nazareno de la Estrella  
ya venciste tu agonía  
y tu muerte es rematada  
porque junto al alba  
de la Gloria  
gozas de la transparencia  
alcanzada.  
Virgen mía de la Estrella,  
en tus manos primorosas  
quisiéramos Triana y yo  
disponer nuestras almas.*



**A**l tener por encuadre el memorial y ofrenda de la Santa Misa; al anunciar Tu Muerte y proclamar Tu Resurrección, Te decimos: Ven, Jesús de la Victoria, que Tu triunfo consistió en romper todo el esquema y arquitectura legal de la religiosidad de Israel y desenmascarar a quienes hacían de la Ley su razón de ser. Por eso, Jesús, Te condenaron, y porque Tu Victoria no es de este mundo por la ingratitud de los hombres, te ruego que, al menos, nos des la Paz Bendita, que irradia la figura pura y blanca de Tu Madre

*Ven y acércate a tu pueblo  
que espera lleno de ilusión.  
No demores, Jesús, Tu venida  
que necesitan tu mirada y Perdón.  
El jardín del parque no tiene  
fragancia, aroma ni olor  
hasta que el Domingo de Ramos  
Tu lo esparces con la Cruz  
y con Tu amor.*



Jesús abraza la Cruz. Se produce, al tiempo, un silencio respetuoso y atento porque el Nazareno de Sevilla ha aceptado la Cruz. Decía San Agustín que *"la luz precede a la luz"*. Tu precedes con Tu Luz y Tu Silencio, Señor, a la Noche Santa de Sevilla. Qué momentos de moderación y mutismos tan necesarios, cuando la Luna del Parasceve, despliega por la Ciudad su manto de claridad tenue. Si Sevilla en otra hora es alegre, bulliciosa y jovial, esa noche se transforma, por unos momentos, en muda concentración.

Silencio, Sevilla, que Dios ha cogido la Cruz de nuestras imperfecciones y la quiere llevar por tus calles como signo de salvación.

Silencio, Sevilla, la Hermandad de Tus Nazarenos interpreta y explica, desde hace seis siglos, cómo es el recogimiento que se debe tener ante Dios.

Silencio, Sevilla, que Jesús el Nazareno, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, impregna tus esquinas con la discreción de su Ofertorio al Padre por amor a todos los hombres.

Silencio, Sevilla, que esos nazarenos anónimos que veo pasar ordenadamente con actitud reservada y penitencial concitan al arrepentimiento de los pecados.

Silencio, Sevilla, deja que el perfume y fragancia del azahar que envuelven las lágrimas de María Santísima de la Concepción, aniden en tu corazón para siempre de tal modo, que tus hijos no tengan otra meta, ni otro objetivo en sus vidas que el *"haced lo que Él os diga"*.

Silencio, Sevilla; ya está próximo el sacrificio de Tu Nazareno. Que calle la Giralda con su refrendo de siglos que enmudezca el viejo Guadalquivir, tan adornado de suspiros y coplas en sus orillas. Y que las Torres del Oro y de la Plata, también queden silentes. Todas las esencias de la ciudad se aúnan para acompañarlo en la Estación de Penitencia en La Madrugada del Viernes Santo.

Silencio, Sevilla, porque así es como Dios te está hablando.



Ahora, Padre Santo, te ofrecemos el Pan de Vida y el Cáliz de salvación, que condensan todo el amor de Dios a su pueblo y el de ese pueblo hacia Dios. El amor de Cristo permanece inalterable para siempre en el Pan y el Vino. "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos..." Si ese amor de Cristo a Sevilla no persistiera en el discurrir del tiempo, no sería auténtico amor de Dios. Así mismo, el pueblo de Sevilla ha venido buscando desde hace siglos ese amor de Dios, y lo encontró en el Santísimo Cristo del Amor.

*Amor de Dios a Sevilla  
Amor de Sevilla a Dios.  
De niño te vi, Señor,  
clavado en la cruz y muerto  
y a pesar de mis preguntas  
nada captaba de cierto.  
Me hablaban de resurrección  
y de una vida en el Cielo.  
Pero no entendía nada  
de salvación, ni misterios.  
Yo te veía, Señor,  
clavado en la Cruz y Muerto.  
Me distraía en Tu  
Borriquita*



*con sus palmas y revuelos,  
con algarada de antifaces  
y túnicas de nazarenos.  
Los niños en mi Hermandad  
iban en filas, pero  
a un tiempo;  
no había antigüedad  
ni números, ni recuentos.  
Yo te veía, Señor,  
clavado en la Cruz y Muerto.  
Después, con el pasar del tiempo,  
cambié el blanco por el negro,  
a la vez que mi interior,  
también se había transformado.  
La blancura de mi alma  
cedió su color al pecado.  
Y ya no te vi, Señor,  
Muerto, pero sí crucificado.  
Comprendí el Socorro de Tu Madre,  
y que Tu Cruz emanaba Amor  
para todo necesitado.  
Y gracias te doy ahora,  
Amor de Sevilla,  
por verte en la Cruz,  
Pero, ya, resucitado.*



Conocí a una madre que decía: "*Me gustaría meter a en una especie de urna de cristal para que ni el aire les roce*". Vosotras madres de Sevilla sí que sabéis estar en vela día y es preciso, para que el hijo de vuestros amores no padezca pena ni sufrimiento alguno. Mujeres, hermanas, novias y madres de esta Ciudad, sois lo mejor de nuestro Pueblo. Nadie, ni nada, puede sustituiros en nuestras Hermandades y Cofradías. Sois las que dais y tenéis la vida en la familia; las que, con vuestro amor inconmensurable, me atrevería a decir que casi infinito, nos enseñáis, como antes os decía, desde la cuna misma qué es lo que debemos, o no, hacer Madres, hermanas y novias de cofrades, qué papel y qué puesto tan bonito tenéis en las Hermandades. Estoy seguro que, sin vosotros no existirían.

Madre de ese niño que viste la túnica de su Hermandad con un dobladillo que se irá descosiendo en la misma medida en que él se vaya haciendo hombre.

Madre de ese nazareno que subió al Cielo a temprana edad, porque también en nuestro Cielo hay ángeles vestidos de nazareno, que son la



permanente alegría de Nuestra Señora de los Ángeles. Y el día de su Cofradía, se hacía tan patente su presencia, que me llegó a decir aquella madre: "*De tanto recordarlo cuando murió, te aseguro que no sabría ahora cuáles serían ahora los rasgos de su cara*".

Madres, sois las únicas que me podéis contestar cómo sería la preocupación de María aquella mañana del Viernes. Nadie como vosotras estáis capacitadas para saber dónde llega el límite, si lo hay, del amor por un hijo. Habéis sentido en vuestras entrañas la gestación de un ser al que dais todo vuestra sangre y vuestro cuerpo para protegerlo. Y ese florecimiento real que tiene lugar durante nueve meses después se convierte en un deseo, en ansias constantes de estar pendiente de él para que nada le ocurra. Madres y mujeres de mi Sevilla, para vosotras quiero tener esta mención especial, porque, estad seguras, que sois la auténtica sal y la verdadera vida de esta Bendita Tierra de María Santísima.



**E**ste año, también, Juan Pablo II lo ha consagrado a la Familia, primera cavidad donde se desarrolla la vida del hombre. Es ahí, en la familia sevillana, donde ha surgido, desenvuelta e incrementada la vida y esencia de nuestra Semana Santa.

Es la Familia la que aglutina los contenidos básicos de nuestra existencia y, en concreto, de nuestra vida cofrade; en ella se comentan los preparativos; se ejerce el impulso que da a la Ciudad esa fisonomía propia de los capirotos de cartón colgados en sus calles. Es en la familia donde una cosa tan simple y sencilla, como son los dulces que acompañan a toda festividad tienen una evocación de recuerdo para alguno de sus miembros: "... *que sí, que era una maestra en esos menesteres*". Es allí donde se planchan y arreglan las túnicas y donde se comenta todo lo relativo a las papeletas de sitio.

Conocí una casa desde donde salían de nazareno el Jueves Santo hasta diez miembros de una misma familia. En el centro de la familia, la madre ejercerá el papel de protagonista absoluto.

Esas madres que van hasta la Plaza de San Martín, acompañando a los pequeños nazarenos de la Sagrada Lanzada de Nuestro Señor Jesucristo, para que María Santísima les dé Buen Fin.



La familia es el único grupo de personas donde todos sus integrantes son queridos y amados, no por lo que son o tienen sino exclusivamente por sí mismos. Por eso de la buena o mala salud que tenga ese grupo humano, dependerá muchísimo el comportamiento de la sociedad.

Hay una Carta Pastoral de nuestro Arzobispo titulada La Familia Cristiana que es un modelo de comprensión de lo que supone esa comunidad de vida. Han de tener muy en cuenta los legisladores, que la sociedad familiar es anterior a las demás, incluido el Estado, y posee unos derechos que, ni propio Estado, puede arrebatar.

Actualmente no se legisla para preservar a la familia, más bien lo contrario. Se hace lo indecible para aniquilarla, desde mismo nacimiento del ser, en base a una libertad corporal, egoístamente entendida, en vez de proteger y favorecer a esa nueva creatura de Dios que viene al mundo, porque dos personas ya forman una familia.

Y si importante es tener en cuenta a la institución familiar, también lo es que reflexionemos en que somos hijos de Dios, y por lo tanto igualmente formamos una familia en la Iglesia donde debe hacerse realidad el proyecto cristiano que contempla el bien y la felicidad de cada uno.



La Semana Santa es para nosotros los sevillanos un acontecimiento tan trascendente, que hace que nuestras almas se sientan confortadas e identificadas plenamente con Jesucristo, que muere en la Calle de la Feria, llevando el nombre de las Almas, y que recurran, así mismo, al Amparo de la Mediación y a la plenitud de la Gracia de su Madre, la Santísima Virgen, para fortalecer el espíritu, a fin de que esa presencia permanente de ambas, nos lleven a seguir celebrando cada año nuestra especial liturgia.

Como especial era la que celebraba la Ciudad Santa de Jerusalén. Permitidme que la recordemos por unos momentos en la amanecida y primeras horas del Viernes de Pascua. Después que la Guardia del Templo, a las órdenes del Sanedrín, prendiera al Justo, representada la escena, magistralmente, por ese majestuoso Paso del antiguo gremio de los panaderos, que a oleadas de amor y gentío inunda, junto a María Santísima de Regla, la calle de la Cuna a su regreso en la noche del Miércoles Santo.



El Prendimiento tiene lugar para celebrar el juicio Sinedrio, órgano compuesto, como mínimo, por veintitrés los setenta y un miembros que lo formaban. Tuvo dos una por la noche, absolutamente inválida según la legislación judía; otra casi al amanecer porque, como sabemos el interrogatorio de Pilatos en la Torre Antonia, fue temprano.

La ciudad, en ese momento, habría de ser un hervidero humano. Se celebraba la Pascua una vez al año. Pero, además, aquel año, había ocurrido algo insólito. Había tenido lugar un juicio religioso-político, pues desde una estricta técnica jurídica no era un juicio penal. Hecho no frecuente en aquella sociedad. La justicia se administraba a delincuentes, ladrones, salteadores y asaltantes de caminos, mas no se celebraba con frecuencia un juicio, porque alguien dijera ser Hijo de Dios, que curaba en sábado y además, perdonaba los pecados. Así pues, el bullicio y la atención serían, como se dice hoy, de máxima expectación. Y si la gente estaba preocupada e interesada por la serie de sucesos y noticias que de un lado y otro surgían, acerca de la que le ocurriría al reo, figuraos cómo habría de ser la preocupación de la Virgen Nuestra Señora, Madre de Jesús. Qué dolor y qué tormentos no tendría aquella mujer humilde y sencilla de Nazareth esa trágica mañana, ante aquel maremagnum de acontecimientos que estaba viviendo. Cómo tuvo que ser su amargura.

*Madre y Señora  
Nuestra de la Amargura,  
Flor humilde y sencilla  
de San Juan de la Palma.  
Siete dolores atravesaron  
tu sentimiento y tu alma.  
Tu faz de niña bonita  
nunca se vio tan marcada.  
Por eso Virgen de la Amargura  
Tu desconsuelo me lleva  
a que acudan sin rubor  
lágrimas a mi cara.  
Siete dolores profundos,*



*siete dolores te amargan,  
que se convierten en  
palomas cuando  
pasas por Sor Angela.  
La profecía de Simeón  
fue una premonición  
anunciada.  
Luego la huida,  
a Egipto.  
La pérdida del hijo.  
El encuentro camino  
del Calvario.  
La Crucifixión.  
El Descendimiento y  
el Entierro.  
¿Cabe más dolor  
en tus entrañas?  
Siete dolores profundos  
siete dolores te amargan  
que se convierten en palomas  
cuando pasas por Sor Angela.  
Sevilla llora tu pena  
desde la Europa a Laraña  
y quiere quitarte el llanto  
entre suspiro y plegaria.  
Para, Señora, Tu Paso.  
Que la Clausura se abra.  
Que los siete dolores de Tu vida,  
se convierten en palomas  
cuando pasas por Sor Angela.*



Y siguiendo la jaculatoria Eucarística, al celebrar el memorial de la muerte de Jesús, elevamos nuestra mirada hacia él, Cristo muerto, que desde la desaparecida Puerta de Córdoba en la ciudadela de San Julián, nos llega rodeado y mimado por la devoción y cariño de ese popular barrio de Sevilla, que tanto sabe de jazmín, geranio en flor y aire limpio de la antigua huerta de los Capuchinos, para decirnos que Jesús se equiparó al hombre hasta en la muerte y, desde ella, anunciarnos con el Evangelista: "*Volveré otra vez y os tomaré conmigo, no os dejaré huérfanos, volverá a vosotros*". Como también volvió a nosotros Nuestra Señora de la Hiniesta, porque es la auténtica defensora y dueña de esta Ciudad y Reina y Madre de su barrio de San Julián.

Creo que Dios, y sobre todo su Espíritu que todo lo abarca, cuando hizo el mundo, inspiró a los primeros hombres para hacer las ciudades y los pueblos con unas características propias, dándole a cada uno un don e identidad peculiar y exclusiva que los diferenciara de los demás. Pues bien, a Sevilla, desde la eternidad, le tenía predestinado que aquí se conmemorara la Semana Santa, tal como la sentimos y hacemos.

Por eso, podemos contemplar a la Hermandad del Santísimo Cristo del Desamparo y Abandono y Nuestra Señora de los Dolores del Cerro del Águila,



que pese a su reciente incorporación a la Nómina de Hermandades del Martes Santo hace una ejemplar Estación de Penitencia. Su manifestación de Culto Público está enraizada en lo más hondo de las esencias sevillanas.

La Semana Santa es la nuestra. Por diferenciada, no es comparable. Porque ninguna puede tener los mismos caracteres. Es la de Sevilla, y por serlo tiene un valor incalculable y un profundo arraigo en los corazones de todos.



Con el devenir de los tiempos, se ha ido decantado y acrecentando de padres a hijos. He conocido en una de nuestras Cofradías a un abuelo, a un padre y a un nieto., que habían sido vestidos de nazareno ese día por la misma persona que, aunque ya anciana y apenas sin vista, con sus manos temblorosas, daba las instrucciones a sus hijas para que los tres, salieran a la calle vestidos con la dignidad que requiere una Estación de Penitencia y el día de la Hermandad, que es realmente cuando sale la Cofradía, el recuerdo de aquel miembro de la Familia que se fue para siempre a gozar de la presencia de Nuestro, humilde y callado, Padre Jesús Cautivo, se hace patente y parece que retorna, otra vez, al barrio como cera que arde ante la cara primorosa de Nuestra Señora de las Mercedes, para alumbrar la oscuridad que la muerte de un ser querido produce en nuestro interior.

Si, amigos y cofrades de Sevilla, ese mismo recuerdo imborrable es el que me contaba un nazareno de Nuestro Padre Jesús de la Penas y María Santísima de los Dolores por la muerte de su padre, quien lo llevó de la mano, como él ha hecho con sus hijos, hasta esa modélica Hermandad del Lunes Santo, que ayuda con el bien hacer de todo lo que acomete, a enseñorear, aún más, el barrio de San Vicente. Con la expresión de sus ojos y de su cara, me transmitía la remembranza y contaba emocionado lo que le suponía el momento en que el Señor se asoma a la Puerta de la Parroquia, en su Paso, orgullo y satisfacción no sólo de la Hermandad, sino de nuestra artesanía, a los sones de la marcha *Jesús de las Penas*. Para él, en la tarde-noche del Lunes Santo ese recuerdo se transforma en pañuelo que enjuga, con especial cuidado, los implorantes ojos llorosos de Nuestra Señora de los Dolores, o se



hace *trabajadera* sudorosa y fuerte que le acompaña en el duro quehacer de cada día, y así, continuar infundiendo a sus hijos y familia el mismo amor por los venerados titulares que a él transmitieron.

Muy pronto, porque así lo quiere el Espíritu Santo, Sevilla se congregará de nuevo ante su Semana Santa; se dará la perfecta simbiosis que la convierte, a la vez, en escenario y protagonista. Y toda la luz inigualable que pueda tener uno de nuestros días de sol más radiante, se concentrará en los cuatro faroles del paso barroco, cincelado en plata, de Nuestro Padre Jesús de la Pasión.

En Él, en su imagen, confluyen de manera prodigiosa las Tres Personas del Misterio de la Santísima Trinidad. Vemos a Dios pleno de Majestad y Gloria; vemos al Hijo todo aflicción y dolor y también al Espíritu Santo con la dulzura de su amor, y suavidad de su influjo.

Gracias Dios mío, porque de tal modo inspiraste al artista, guiando la gubia en sus manos, que te serviste de ambos para hacer inteligibles el Misterio de la Santísima Trinidad.

Cuentan que San Agustín, ensimismado en la problemática esencial de conciliar verdad y fe, iba un día paseando por la playa absorto en ese Misterio, intentado dar una respuesta coherente a su inquieta mentalidad de filósofo y hombre de Fe. Vio un niño que, sentado en la arena, contaba los granitos que la componen. El pensador, al verlo, le preguntó "*¿Qué haces?*" "*Contar los granos de arena*" respondió el niño. A continuación, este inquirió "*¿Y tú?*". San Agustín contestó: "*estoy intentando racionalizar lo relativo a la Santísima Trinidad*". El chiquillo que, al parecer del narrador era un Ángel le dijo: "*Cuando yo haya terminado de contar toda la arena que hay en la playa tú, no habrás, todavía, comprendido el Misterio de la Santísima Trinidad*". Ello, lógicamente, ante la dificultad racional de entenderlo. Pues bien, no es que se pretenda desde el Pregón clarificar de una forma trivial este misterio tan antiguo como la misma Iglesia. Seguirá siendo algo incognoscible, pero no cabe la menor duda, que con la sola contemplación de Jesús de la Pasión podemos encontrar en él, como os decía, la majestad y



misericordia de Dios; el dolor y la aflicción de Jesucristo en el momento crucial de su vida y la dulzura y el amor del Espíritu Santo.

Sevilla no lo resuelve. Lo muestra.

*Pasión de Jesús  
según Sevilla.  
Jesús de Sevilla  
en su Pasión.  
Se apaga el día,  
el día del Señor.  
"Tomad y comed  
todos de El  
porque este  
es mi cuerpo".  
Y apareces Tu,  
avasallado y obediente  
sumido en el sufrimiento  
y en el dolor,  
con la majestad y  
grandeza que posee  
todo un Dios,  
Dios, que se esparce  
y prodiga: quietud  
sosiego y amor.  
"Tomad y comed  
todos de Él  
porque este  
es mi cuerpo".  
Jesús de la Pasión,  
Jesús del Jueves  
de Sevilla,*



*quiero que esta oración  
sea la de un costalero  
de tu cuadrilla,  
que por sentir,  
el zanco al lado,  
daría años de su vida.  
Han sido muchas  
Semanas Santas  
las que al ir debajo tuya  
he sentido en mis carnes  
tu dolor y tus heridas.  
No podré más  
ir al martillo,  
ni al ajustarme la ropa,  
escuchar voces amigas.  
La edad, Señor,  
no perdona:  
cansancio y fatiga.  
y, aunque el  
descanso en la zambrana  
me daba alientos y energías,  
las piernas no  
soportaban agotamiento  
y crujidas.  
Y lo mismo que Tu  
ofreces tu Cuerpo  
yo he dado el mío  
para llevarte  
por Sevilla.  
Te he dejado en mi lugar  
a mi hijo.  
Mi semilla.  
Y ya solo te pido  
Jesús de la Pasión,*



*que oiga clara tu llamada  
en mi levantá definitiva.*



Y todos, Señor, participamos de ese Cuerpo que fue Presentado al Pueblo, y de la Sangre de ese Santísimo Cristo, que del antiguo barrio de la Calzada nos viene en la tarde señera del Martes Santo, para decirnos que, por ese camino que, desde la Puerta Carmona, corría en paralelo al desaparecido acueducto, viene una Cofradía, modelo de capacidad de llamada, a pesar de los avatares de su historia y de la disgregación de sus Hermanos, por la piedad y devoción que tienen para con sus Titulares; en especial a Nuestra Señora de la Encarnación que, si un día fue *Azucena en Triana*, hoy es con todo merecimiento *Dalia perfumada* y radiante en el jardín grana y oro de su Paso de palio, y consuelo seguro de los pobres que encuentran cobijo en el contiguo Asilo de las Hermanitas, que para mayor identificación con ellos, llevan hasta su propio nombre.



Con la Hermandad que tiene como título las Negaciones de San Pedro, debemos acordarnos de la Iglesia extendida por toda la Tierra y, que el Santísimo Cristo de Burgos y Madre de Dios de La Palma, velen por Su Santidad el Papa Juan Pablo II a fin de que, con su talante misionero, nos estimule, como dijo aquí, a emprender la evangelización de los demás con *"nuevo ardor en los métodos y en las expresiones, llenando de contenido la Eucaristía, como centro y raíz de la vida cristiana; como exigencia de fraternidad, de justicia y de servicio a todos los hombres, empezando por los más necesitados en sus espíritus"*.

Nuestra Semana Santa tiene que ser, porque puede, portadora de esa nueva evangelización. A pesar de las sombras que como obra humana posee, es la catequesis e instrucción anual de Sevilla en la Fe Católica. Es la única que se dirige a todos de una forma vívida, masiva y amplia, sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús de Nazareth.

Muchas veces, se ha optado por algún sector de la Iglesia, una enseñanza selectiva y escogida para un determinado grupo, equipo de formación o comunidades más o menos numerosas y comprometidas. Con ello se abandonan a las noventa y nueve restantes, para ir en busca de una que, además, estaba suficientemente escogida. Las noventa y nueve quedaban en el redil, sí, pero totalmente al descubierto por la comodidad e indiferencia de los que, por nuestra Fe, estamos obligados a llevarles la ilustración necesaria, de manera que, lo mismo que crecen en otros aspectos, también lo hagan en el conocimiento de Dios. De ahí el valor incalculable de



catequesis y enseñanza, que, por la fuerza expresiva de la imagen, tiene hacia el pueblo de Sevilla su Semana Santa.

Confundimos Iglesia con clero sin darnos cuenta que, en realidad, lo que debemos entremezclar es la idea Iglesia-Hombre, entendida, según hacían los primeros cristianos, como comunidad de fieles. En ellos el concepto de lo cristiano y eclesiástico iba estrechamente unido, pues sin eclesialidad no era posible mantener una vida cristiana.

Es importantísimo, afirma el Concilio Vaticano Segundo, investigar y conocer cuál es la realidad concreta sobre la que hay que ejercer el apostolado de la Iglesia, teniendo en cuenta las condiciones de los hombres; no solo las espirituales y morales, sino también sociológicas, demográficas y económicas. Pero, cuidado, tengamos claro una cosa: la perfección cristiana que deben tener Nuestras Hermandades y Cofradías, como "*asociaciones de fieles conscientes de su pertenencia a la Iglesia*" tiene que pasar ineludiblemente por el ejercicio continuo d amor, traducido en solidaridad hacia los demás, y por guarda fiel y practicante de la Palabra de Dios. Ambas cosas deben ir estrechamente unidas a la manifestación del Culto Público que son nuestros actos de piedad corporativos y, sobre todo, es preciso que la vinculen a la Estación de Penitencia. Todo ello, alumbrado y presidido por una alegría, radicada en nuestros conocimientos de ser Hijos de Dios y de una esperanza renovada en que sin él y sin su Misericordia, nada podemos hacer.

De ahí, que el Miércoles Santo, pidamos al Santísimo Cristo de la Misericordia su infinita Mediación. Que escena más impresionante en mi barrio del Baratillo. María, desconsolada y atormentada por la pena, nos muestra a su Bendito Hijo muerto en sus brazos. Jesús, después de su último suspiro, nos acerca hacia el río de clemencia y perdón, que supone su costado abierto y horadado. La Corona de Espinas, sola, caída sobre un cielo blanco de delicadeza y buen gusto. Qué contraste al verte, Madre mía, con aquella otra imagen, en que me ofreces, en sus manos a Tu Propio Niño, como si quisieras dármelo.



Qué desigualdad y qué diferencia entre esos dos momentos de Tu vida y de la mía. Por un lado, en mi barrio de adopción, me lo das Niño y Tú estás alegre; por otro, en mi barrio de nacimiento, me lo das Hombre y muerto y Tu estas llorando. Qué dicotomía. Qué difícil me lo haces comprender. Pero viendo Tu Cofradía, mi dualidad se integra y mi confusión se despeja, porque también me das Tu Caridad, y eso supone desprendimiento de alma y fraternidad en la entrega hacia los demás. De ahí que, a pesar de mostrarme a Tu Hijo en esos dos momentos distintos de su Vida, yo quiero verte, Señora, como la Llena de Gracia. De esa Gracia que implica ilusión y afán duradero por llevar alegría y entusiasmo a los hombres, especialmente, en estos momentos en que se vive en Sevilla el hastío de la corrupción, la decepción que representa el paro y el desengaño por la ausencia de una moralidad pública. Déjame, Señora, que haga del Arenal de mi vida un compartir con el prójimo y un auxiliar desinteresado para todos Tus hijos, empezando por los marginados para, así, verte y acompañarte como agarrado a la manigueta de Tu Paso hasta los últimos días de mi vida.

*Eres del Baratillo Piedad  
y Caridad del Arenal.  
Flor, con una  
espinas clavada  
en un jardín de generosidad.  
Eres dolor profundo  
que lloras,  
y compasión, ternura  
y paz.  
Grito de pena  
en el Postigo,  
y silencio maestrante  
con tu bondad.  
Eres herida abierta  
por el desconsuelo  
y verónica alada*



*de majestad.  
Llaga, Calvario  
atormentado,  
y piropo torero  
angelical.  
Eres por eso, Madre mía,  
Caridad en el Baratillo  
y Piedad en el Arenal.*



Como estamos en común unión celebrando, aunque no de forma consagrada, la proclamación de la Pasión de Jesucristo, y habiendo deseado ya que la perfección en nuestras Hermandades y Cofradías, como partes vivas de la Iglesia de Sevilla, les llegue a través de la Caridad, el Pregón va a recordar a los Pregoneros de nuestra Semana Santa, a los que están con nosotros y, muy especialmente, a quienes nos dejaron.

A los primeros para que sigan enseñándonos y continúen pregonando los divinos Misterios con el ejemplo de sus vidas y con el testimonio de su hombría de bien. Y que esta mañana de Pregón que un día vivieron, la recuerden cuando les llegue la tribulación y el dolor, de tal manera que la alegría y dicha que les proporcionó, la sientan en su ser íntegramente y sean confortados en una religación perfecta con el Padre.

Y a vosotros que os fuisteis, Pregoneros por siempre, que dejasteis en el alma de los sevillanos, por testamento dicho y escrito, vivencias cofrades; nuestra evocación más encendida. Ahora que gozáis de la presencia de vuestros Amantísimos Titulares, podéis pedir con la fuerza y confianza que da el conocimiento y trato directo, por nuestras Hermandades y Cofradías, a fin de que sean reflejos genuinos de un comportamiento cristiano y social en nuestra Ciudad. Rogad, también, por nuestros cofrades, hombres y mujeres que saben llevar a gala ese título tan sevillano, que solo se da en la Facultad del servicio desprendido, en la Academia de la dedicación continuada de una vida o en la Escuela de una entrega sin límites a una Cofradía y a sus Hermanos. Pregoneros ahora de la eternidad y de la grandiosidad de Dios, velad por la Sevilla que tanto amasteis y por su Semana Santa para que siga siendo



anhelo, alegría y Esperanza de este Pueblo durante todo el año, y en los días venideros, altar caminante, que llevado en trabajaderas de cuidado y deleite, por ese amoroso mecanismo humano que forman los hombres de abajo, nos muestren sobre los pies de una manera suave, pareja y *tós por iguá* cómo son la adoración y fervor que siente Sevilla por su Dios.



**E**l fervor se hace luz propicia y da el reflejo más claro y el tono más adecuado, para comprender en toda su grandiosidad el Misterio de la Muerte de Dios en la Madrugada sevillana. Esa noche, aunque parezca un contrasentido, se produce la claridad necesaria para que María Santísima de la Presentación, nos manifieste, bajo ese Paso de Palio tan de aquí, por la vieja calle de Arfe o la austera Plaza de Molviedro, toda su inigualable ternura, acompañando a su Hijo, condenado y a justiciado, por una causa que no tuvo un solo atisbo de legalidad, pero que fue la de inmolarse al Padre por las imperfección y pecados del género humano. Noche que se espesa y aquieta serenamente en nuestro derredor ante la impresionante figura del Santísimo Cristo del Calvario, quedando expectante y dominada por el lento y sobrio caminar de sus nazarenos, que con sus túnicas, alpargatas y espartos ensombrecen la aun tenue claridad del día que comienza.

Amanecer del Viernes Santo; horas de tortura y suplicio como el que sufrió Jesús atado a la columna. El Evangelista nos deja entrever que el *prefectus* que, según la Historia era políticamente insignificante y timorato, quisiera enternecer al pueblo, infringiendo a Jesús un durísimo castigo con el *flagellum* o látigo corto romano, compuesto por varias tiras de cuero envejecido, con trozos de metal o plomo que se mojaban para flexibilizarlo.

Según estudios especializados, tras los azotes la piel quedaba totalmente abierta, dejando al descubierto venas nervios y, aún más, los intestinos. En la mayoría de los casos llegaba a provocar la muerte del reo. Por eso, María Santísima qué Victoria tan cara la Tuya; qué precio más alto hubiste



de pagar por ella, Cigarrera bonita. Menos mal que los sones de Tu banda se confunden con Tu pena en el aire limpio de la tarde del Jueves Santo para recordar la Victoria de los que comparten con Jesucristo la Gloria de la Resurrección.

Sí, horas primeras de aquel Viernes que fue Santo desde su mismo alborear; horas de humillación e indignidad para Jesús ante el Sumo Sacerdote Caifás, en cuya casa habíase preparado todo lo concerniente a la detención del Señor, bajo los consejos del todopoderoso Anás que, aunque ya no era Sumo Sacerdote, conservaba todo el poder moral que le había proporcionado su destitución del cargo por parte de la autoridad romana. Él fue el verdadero artífice de la conjura que llevó a Jesús a la Cruz y que lo envió a Caifás para realizar el simulacro de juicio. Se basaba en una acusación falsa, formulada por Judas y dos testigos, contradictorios en sus manifestaciones.

Estos dos momentos los vive Sevilla en la confortable luminosidad del Lunes Santo cuando, desde el barrio de San Gonzalo, nos llega; del jardín de Triana, la rosa blanca de Nuestra Señora de la Salud, desprendida por sus costaleros, con cuidado amoroso de la espadaña de su templo. Costaleros de San Gonzalo, bastión incansable y fuerte de hombres que saben llevar sobre sus hombros durante un recorrido casi interminable todo el peso de la gran farsa que supuso el juicio de Jesús, dirigidos y guiados desde el Cielo por ese buen capataz, que se rompió para siempre en plena juventud. Por él, por el que fue mi amigo y por su alma te digo:

*Con suavidad  
a tierra la delantera,  
la trasera y los  
costeros por igual.  
Venga de frente,  
pero cortas las llamas.  
Que la Virgen de la Salud  
no quiere despertarlo  
en su sueño de eternidad.*



Y el Martes Santo al claroscuro de la tarde sevillana, en el barrio de San Lorenzo, o, en las primeras horas de la madrugada, en las que, en la Plaza de la Gavidia, aparece la figura de Jesús ante Anás, acompañado de esa flor señera y cautivadora de María Santísima del Dulce Nombre, que representa el donaire y la claridad de Sevilla bajo su Paso de Palio, que se hace requiebro y saeta íntima con el susurro de San Juan Evangelista en la estrechez de la calle del Arzobispo mendigo de Sevilla.

Después de los acontecimientos ante los sacerdotes de Jerusalén, tuvo lugar la afrenta ignominiosa de la Coronación de Espinas a Cristo, lo que provocó en Nuestra Señora del Valle un inmenso dolor y llanto reflejado en su cara bendita.

*Que se haga la noche,  
Que se vaya el día,  
que se oculte la luz  
para no ver el dolor de María.  
Valle de amor y lágrimas,  
el Jueves de anohecida.  
Sevilla solloza a tus pies,  
contagiada y conmovida  
de ver sufrir a la Virgen  
en la tierra de María Santísima.  
Valle de aflicción  
y de llanto,  
el Jueves de anohecida,  
nunca tu dolor fue igual,  
ni tu pena tan infinita,  
ni tu llorar tan intenso  
en la Tierra de María Santísima.  
Virgen llorosa del Valle,  
fiar sin consuelo y marchita,  
quisiera parar tu agonía  
y serenar tus pupilas,  
y secar tu río de lágrimas,  
para que no llores más  
en la tierra de María Santísima.*



Y sigue el Pregón su camino impetrando como hadan los antiguos al pasar por debajo de la ventana de la Iglesia de San Esteban a Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, para que lo recorramos bajo su protección y Nuestra Señora de los Desamparados interceda con su Gracia por aquellos que duermen el sueño eterno de la Paz.

Su memoria nos posibilita el milagro de la piscina de Siloé, al darnos en espíritu la mano para llevarnos hasta la sosegada presencia del Cristo de la Vera Cruz y María Santísima de las Tristezas, que llevan su Muerte y Melancolía con el recogimiento y solemnidad de la más rancia tradición sevillana. Cristo de la Vera Cruz, que estás muerto en el Madero donde te pusimos los hombres, pero, a la vez, exaltado en él. Cristo y la Cruz; la Cruz y Cristo. Tu figura explica toda la teología narrativa que, sobre la Cruz, se desprende del Evangelista San Marcos.

La evocación de los hermanos y cofrades que duermen con la esperanza de la Resurrección nos llevará a la expectación de ver cara a cara a la Virgen bonita de la O. La trianera guapa; la morena de la calle Castilla que en la tarde del Viernes Santo nos trae el frescor del río cercano, detrás de Nuestro Padre Jesús Nazareno, que, sobre un monte de lirios, camina con serena dulzura mecido levemente para que sea más llevadera la Cruz. Y aunque el peso desfigure su Cuerpo, no provoca un desmembramiento que le impida fijar sus ojos en quienes le imploran, ni que su mirada hacia abajo refleje el contento de volver a encontrar a sus hijos de Triana. María Santísima de la O.



- de ofrenda al Padre.
- de orgullo de Tu Barrio.
- de ola de amores encendidos.
- de ojos atentos y cuidadores de lo que ocurre a Tu alrededor.
- de orillas que fuiste la primera en atravesar, por aquel entrañable puente de barcas, convertido por Ti en vínculo de cercanía y unión.
- de ocaso prematuro y demoledor de un nazareno de tu cofradía que dio su vida entera por ella.

*Los geranios de Tu barrio  
lloran cuando  
ven pasar tu pena,  
y celos tienen  
del aire que besa  
Tu cara morena.  
Virgen de la calle Castilla,  
eres Tu tan Trianera  
que envidia te tiene Sevilla.*

La esperanza en la resurrección se verá colmada por la proximidad de la misma el Sábado Santo, cuando al atravesar la calles de Puñonrostro y Jáuregui, desde la Iglesia del antiguo Convento de frailes venidos con el Rey Fernando cuando la Conquista de Sevilla, y en cuyo solar, a decir de una leyenda piadosa, fueron martirizadas nuestras emblemáticas Santas Justa y Rufina, nos llega el Santísimo Cristo, cuyo pulcro y acendrado Sudario parece querer limpiar sus Cinco Llagas que sí que las tuvo, pero que aún permanecen abiertas con la encarnación de tantas injusticias como nos rodean. Cinco Llagas abiertas, aunque no cruentas, en su Cuerpo, que los que nos llamamos cristianos y cofrades, tenemos que remediar con todos los medios a nuestro alcance, en un ejercicio perenne de adhesión y apoyo, que suponga hacerles llegar a todos la concepción y realidad auténtica de lo que debe ser una Hermandad.



En ella, debemos hacer bien la ropa de nuestra conciencia y colocar y fijar el costal de nuestro compromiso de manera que sea un continuo servicio para los más necesitados. Algunas veces en diálogos serenos con los ancianos del Hogar del Pensionista de la Hermandad del Rocío, he comprendido como era la intensidad de las llagas de Cristo, al decirme una anciana no hace mucho: *"Niño, el único consuelo que me queda, al estar sola, es recordar mi vida ya pasada y como ella ha estado llena, hasta lo más hondo de mi ser, por la Virgen del Rocío; la tengo en todos los rincones de mi casa y hablo con ella como si fuera mi hermana, o la hija o el hijo que nunca tuve. Y así es como logro sobrellevar esta soledad que me aplasta el alma"*.

Por eso, viendo tus llagas de hoy Señor, tenemos que movilizarnos para cicatrizarlas llevando júbilo y esperanza a todo indigente. Santísimo Cristo de las Cinco Llagas, quisiera quedarme embelesado mirándote como lo hace Tu Madre, recordando el momento de Tu Concepción Divina. Y así, con Ella, esperar en la Resurrección. Tu sí que eres dichosa, Virgen de la Trinidad, porque nos dejaste el Sol de Tu Esperanza y ésta se convierte en una efectividad próxima y cercana, por la inminente Resurrección de Tu Hijo.

Resucitado, debe admitirnos a contemplar la luz de su rostro como lo hace la Cofradía de la Sagrada Resurrección, que, con esa fulgurante Aurora, nos desborda el Domingo de felicidad y firmeza en nuestra fe.



**E**l Pregonero, no por serlo, sino simplemente por el hecho de nacer, vivir y amar entrañablemente las cosas de Sevilla, tiene mil y una anécdotas y vivencias de Semana Santa de las que ya ha dado alguna muestra. Pero sobre todo quiere relatar una que, aunque irrepetible, por la ausencia definitiva de uno de sus intervinientes, no lo es así en su corazón, ni en sus sentimientos, sino que cada Viernes Santo se repite de una forma inexorable, porque, además, es buscada y querida a propósito, para consolarse en el recuerdo de la pérdida de una de las personas que más ha querido y que más ha influido en su vida.

Cuando el sol iniciaba su inclinación de una forma presurosa, buscando el acomodo que le brinda diariamente el altillo árabe y olivarero del Aljarafe, a la vez que el Santísimo Cristo de la Expiración, El que no quiere morir en Triana comenzaba a atravesar el puente con los brazos extendidos en solicitud de amor en busca de sus hijos de Sevilla, el que os habla se iba delante del Paso del Señor, y saludaba al *maniguetero* derecho con un leve movimiento de cabeza para no interrumpirle en su rezo continuado del Santo Rosario.

Saludaba al que fue su amigo, su Hermano Mayor, y ejemplo de hombre bueno. Y así a su lado, en una comunión interna de sentires, consumía, entre chicotás de emotividad y gozo, la distancia que va desde el Altozano, hasta aproximadamente la Iglesia de la Magdalena. Ello suponía alrededor de una hora y media de estación de penitencia, en la que uno al lado del otro marchábamos juntos, sin decirnos a penas palabras, aunque sí,



de cuando en cuando, nos mirábamos y aprovechando que estaba el paso arriado, con los cuatro zancos por igual en el suelo, nos quedábamos absortos en la contemplación del Cristo del Cachorro.

Entonces nuestras almas volaban juntas, por un momento solo, al principio, hasta el Convento de S. Jacinto y últimamente a la Capilla de la calle Evangelista, para que, la que es Virgen, Reina y Madre como la vitorean vibrantes sus hijos, nos consolara con su alegría y enjugara la emoción con el recuerdo confortante y apacible de la inmensidad de sus Marismas.

Ha muerto hace poco mi nazareno. Murió mi Hermano Mayor en tantas cosas, pero sobre todo en la fe y en la bondad hacia los demás. Lo acompañe a su última morada e íbamos los dos vestidos igual, como si fuera la tarde del Viernes Santo. Yo de oscuro, incluso la corbata negra, y él con la túnica de nazareno de la Hermandad del Cachorro. Pero no se cruzaron nuestras miradas, ni tampoco se nos saltaron las lágrimas al contemplar la muerte inminente de Jesucristo, ni siquiera mi alma voló con la suya en busca de la Blanca Paloma, porque estaba demasiado pegada a la tierra por el dolor de su muerte.

Sigo ese día haciendo el mismo recorrido que hacía junto a él, porque es el único momento del año en que verdaderamente me encuentro como si estuviera a su lado; parece que nuestras miradas vuelven a cruzarse y que en nuestros ojos brotan, de nuevo, lágrimas de cariño, pero ya nuestras almas no vuelan juntas hasta la Capilla de la Calle Evangelista, porque la suya no se despega un momento de la Virgen Chiquita del Simpecado de Triana.

*Cristo mío del Cachorro,  
Muerte lenta que no llega  
a pesar de tu expiración  
de siglos.*

*Cristo mío del Cachorro,  
haz de luz cegadora  
que alza esplendorosa*



sobre el Puente  
en la noche del  
Viernes Santo.  
Cristo mío del Cachorro,  
manantial inagotable  
de plegarias trianeras  
y de oraciones sencillas  
de las gentes de mi tierra.  
Con tu mirada perdida  
en el azul de este cielo  
estás implorando al Padre  
finalicen tus tormentos.  
Cristo mío del Cachorro,  
al pasear por Triana  
con tu rostro agonizante,  
muda se quedan las calles  
y un halo de  
muerte y llanto  
se espesa por sus corrales.  
Tu boca siempre entreabierta  
parece beber la brisa  
que con el río te llega,  
pero no es aire suficiente  
que impida Tu muerte lenta.  
Cristo mío del Cachorro,  
tus manos resquebrajadas  
quieren abarcar la tarde  
y con ella a Sevilla  
en su corazón que arde.  
Tu cuerpo roto y clavado  
avanza como en un sueño,  
en una chicotá de amor,  
de orilla a orilla llevado.  
Voy a seguir el Viernes Santo



*andando junto a Ti y callado.  
Y te miraré a la cara,  
y me fijaré en tu costado  
y veré tu boca abierta  
y tu rostro demudado,  
y sentiré la alegría  
de saber que mi nazareno  
caminará, ya, contigo  
eternamente a tu lado.*



Continúa el Pregón su andadura, siguiendo la oración que le da soporte y basamento. De ahí que sea el momento de pedirle al Santísimo Cristo de las Misericordias que se apiade de todos nosotros sus hijos, cuando en la tarde del Martes Santo se recorta su majestuosa silueta sobre el gótico de su Ara movable. Los tonos lóbregos de la noche ya próxima, muestran su morir pausado por la antigua calle de la Borceguinería, seguido de su Madre, Nuestra Señora de los Dolores que, a pesar de su interminable pena y mirada lacerante hacia arriba en actitud de desconsuelo, llorando a su hijo que fenece como el sol de la tarde, no deja de ser la flor más perfumada y bonita del Barrio de Santa Cruz.

La Misericordia que pedimos al Padre en la Eucaristía, debe volverse, también, en compasión hacia El Hijo, cuando el Miércoles Santo oímos Su voz atronadora que desde el Barrio de Nervión proclama el deseo vital e irreprímible de "*Tengo Sed*".

Santísimo Cristo de la Sed, que, en tarde tan enigmática y especial de la Semana Santa de Sevilla, lejos ya el acomodo y rodaje de los primeros días y, aun con mucho por delante para sentir y disfrutar en nuestros adentros, nos dices "*Tengo Sed*", expresando, así, la vertiente humana de Tu naturaleza.

Narran los Evangelios que Jesús, después de cenar con sus discípulos no tomó absolutamente nada hasta cerca de la hora de nona en que pronunció estas palabras. Las cohortes de la duodécima legión, que por aquel tiempo estaban en Jerusalén, le dan agua con vinagre, o fosca, que así se



llamaba tal bebida, para cumplir lo dicho por el salmista: "*Para mi sed me dieron vinagre*".

Pues bien resulta que son alrededor de quince horas; en ellas ha perdido gran cantidad de sangre. ¿Cómo sería de angustiosa su sed? Fijaros, que no se le ha oído en toda la Pasión una sola palabra de dolor, sin embargo, tiene sed. Y su sed martillea los oídos de todos como llamada angustiosa en favor de los oprimidos y marginados, como las cincuenta familias que pasaron las últimas Navidades entre cartones "porque no tenían sitio en la posada" confortable y cómoda de nuestro egoísmo y tibieza.

La sed de Cristo tiene que mover nuestro interés y bienestar a buscar alguno para los demás. Cristo tiene una necesidad continua que para ser aliviada ha de manar de nosotros el agua convertida en alegría y felicidad para los hombres, como la esparce la Virgen Santa María de Consolación, cuando ya de vuelta, por la plaza de la Pescadería o por la Alfalfa, viene deslumbrante de color y guapura anunciando que no es solo consoladora de afligidos, o auxilio de los cristianos, como le decimos en la Letanía, sino también Madre de la Iglesia de Sevilla, a la que deben acudir sin tardanza nuestras Hermandades, por ser parte destacada de ella, cuando se vean azotadas por las incomprensiones..



Como siguen incomprendidas por gran parte de la humanidad las Siete Palabras del Santísimo de Cristo de la Parroquia de San Vicente, en cuya puerta y a la entrada de esta Cofradía se conocieron un hombre y una mujer, hace ahora cincuenta y cuatro años y hoy viven su lento atardecer, felices de sus hijos y de sus nietos, pero sin haber podido asistir por su ancianidad, al Pregón que el mayor de sus hijos está pronunciando. A vosotros, padres, que sentados los dos muy juntos en la camilla estáis con la radio puesta encima de la vieja cómoda, con vuestras manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas os quiero decir solamente: Gracias. Porque el encuentro de vuestras vidas, en la sublime noche del Miércoles Santo del año 1940, viendo entrar la Cofradía del Santísimo Cristo de las Siete Palabras, os ha servido durante toda la vida que lleváis en común, para que el señor os transmita su mensaje de Siete Palabras donde se condensan su obra entera y, así, enseñarme la Fe, la Esperanza y el Amor que hoy proclamo a Sevilla.

Sin vosotros, sin vuestro sevillanismo, sin vuestro amor a Dios y a la Virgen y, sobre todo, sin vuestro ejemplo, no habría podido estar aquí pregonando esos sentimientos que me inculcasteis. Y los mismo que el Santísimo Cristo de las Siete Palabras unió desde entonces vuestras vidas pido ahora en mi Pregón a Él y a Nuestra Señora de la Cabeza que es también Remediadora, que al final de ellas oigáis los dos juntos, como estáis ahora porque no podéis vivir el uno sin el otro, esa de sus Siete Palabras que dice: "Yo os aseguro que hoy mismo estaréis conmigo en el Paraíso". Allí veréis, Padres, como también hay una Iglesia entre naranjos, donde conversaréis y veréis al mismo Cristo de las Siete Palabras que un día quiso uniros para siempre.



Como se unió Él, para siempre, al Padre, después de su Muerte para continuar siendo vida y vigor que del barrio de San Bernardo, nos trae en capotes de amores, el Cristo de la Salud en su sevillanísimo Paso, mezclando en su incipiente Calvario lirio y clavel para colorear los candelabros que en una especie de espiral hacia el cielo alumbran Su rostro y, también, a todo el barrio. Se hace difícil discernir cuando termina éste y empieza la Hermandad. Mixtura tejida por la homogeneidad de ambos. Hermandad y Barrio; Barrio y Hermandad. Unión recíproca durante todo el año, auspiciada por un hombre que, aunque parece no ser de nuestros tiempos, tiene tal conciencia de la realidad que le rodea que hace perfecta la conjunción entre lo que es una Parroquia de Barrio y una Hermandad que se vanagloria de radicar en Él.

Y junto al Cristo, portento de Salud, Nuestra Señora del Refugio, resplandor que florece por Santa María la Blanca o por la calle Almonacid en la noche seductora del Miércoles Santo. Cuando va en la casa de oro que es su Palio, adornado de modo peculiar por pequeños cañones en recuerdo de otra identidad del Barrio, en este caso fabril, es más que nunca Refugio. Como lo fue para el costalero de su Hijo muerto en la Alfalfa o para el catedrático de Universidad que desde Córdoba venía todos los años para acompañarla. Refugio para tantos y tantos que ese día vuelven al Barrio en el recuerdo y en la mente de los que se quedan, haciendo que estos tengan la satisfacción de ver a su Virgen engalanada como una Reina y, a la vez, imagen retrospectiva de tantos acontecimientos inolvidables para su existencia.



*Refugio nuestro,  
acude a nuestro corazón,  
a tantos anhelos  
que se han ido,  
a nuestro caminar  
sin ilusión.  
Ven y danos la dulzura,  
que dentro de Tu  
pena floreció,  
al ser protección segura,  
y en ella  
refugiarnos con tu amor.*

Ese amor encendido en llamas de coloración de la Virgen hacia sus hijos, es el que sentimos en la noche del Martes Santo, cuando María Santísima de la Candelaria se pasea como el jazmín o el miramelindo máspreciado por los Jardines de Murillo, dándole, así, envidia por su belleza y sencillez a las del vergel próximo del Alcázar, que parecen querer asomarse a la vieja empalizada para ver pasar inflamada de piedad y devoción a la que es Candela viva en adoración de su barrio de San Nicolás.



**E**n este momento de la Plegaria en el que pedíamos al Padre misericordia, tenemos que trasladar nuestra atención hasta la calle Pureza. Allí nos encontraremos con Jesús Benigno y compasivo: El Santísimo Cristo de las Tres Caídas.

Cristo, hemos dicho que no quiere morir en Triana. No hay, actualmente, ningún Crucificado muerto que salga de allí, pero sí se cae en la calle de su Amargura. Ese barrio que fue el más industrial y laborioso de Sevilla, como lo demostraban sus fábricas de cerámicas, de forja, de barro o de jabón, se ve hoy azotado, como todos, por el sufrimiento del paro, el tormento de la droga y la proliferación de los marginados, que hacen a Jesús caer hasta Tres veces, para demostrarnos, otras tantas, que no debemos ni podemos desfallecer en nuestro intento de conseguir una nueva cristianización que obtenga de la moral una identidad absoluta con el Mensaje de Jesucristo, con Su Vida y con Su obra. Así lo quiere Su Santidad el Papa en su última Encíclica "Veritatis Splendor": "*Una radical renovación personal y social, capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia*".

Estas cuatro necesidades de hoy las vemos en el Santísimo Cristo de las Tres Caídas.

*Tu justicia, Señor, nos ilumina.*

*Tu solidaridad nos ilusiona.*

*Tu honestidad nos convoca.*

*Tu transparencia nos apasiona.*



Reproduce toda la magnanimidad de Dios hecho hombre, que tropieza y cae una vez y otra, para enseñar el verdadero camino. Y el Barrio, que tanto sabe de caminar, lo tiene como modelo y guía, sabiendo que en cada caída debe mirar a sus ojos atormentados para encontrar el aliento necesario que le ayude a proseguir ese itinerario de siglos.

Triana siente en sus entrañas, al igual que Sevilla, el frescor y la alegría de un Río que no las separa, más bien las une, en desposorio de sueños al dormir juntas en sus aguas reflejadas en noches de luna clara, la Torre del Oro y la de la Iglesia de su Catedral de *Señá Sant' Ana*.

Como no es posible caminar por la senda de la vida sin ilusión alguna, tiene este arrabal también a Su Esperanza de Triana, que quien ha sido hasta hace poco su Teniente de Hermano Mayor cumplió ya la ilusión de verla.

Este nombre de María, que es virtud teologal, nace necesariamente de la inseguridad en la que el hombre se haya sumido. Al contrario que María de Nazareth. Ella es la Mujer que mejor ha encarnado esa potencia espiritual:

**E**spera, de niña, dar a Luz al Hijo de Dios después del Anuncio del Enviado.

**E**spera en silencio la reflexión de José. Cómo serían de angustiosos esos momentos, porque podrían haberla lapidado.

**E**spera el parto en Bethlehern, sin sitio donde ser adecuadamente atendida.

**E**spera encontrar a su Hijo, perdido, después de cuatro días buscándolo por todas partes.

**E**spera confiada en la escena de las Bodas de Caná, cuando nos deja dicho qué debernos hacer

**Y**, sobre todo, espera en la Cruz donde escucha otra Anunciación, no ya de un Ángel, sino de su propio Hijo constituyendo así, nuevo volumen en su maternidad, que le lleva a otra expectación constante de sus otros hijos.

**Y**, por último, la espera de la resurrección en una noche interminable para Ella.



María es el arquetipo de la Esperanza. Por eso no nos cansaremos nunca de piropearla, diciendo: "*Spes Nostra, Salve*".

Y lo mismo que el Guadalquivir inundaba Sevilla antaño, Triana quiere embriagarnos de belleza y sentimientos, al enviar entre varaes de plata, a su Alfarera más linda, Marinerita llorosa, Locura de su Barrio, Azahar del Viernes Santo, Pureza de su calle y Ancla firme y segura de la Fe de los trianeros.

*Salve, Madre de Triana,  
Luz y Faro  
de puerto inexpugnable.  
Salve, Expectación de amores,  
flor majestuosa y sencilla  
de jardín inigualable.  
Reina de tu barrio esperanzado,  
Virgen de Triana marinera,  
Llévale a tus hijos el Consuelo  
que refleja tu cara morena.  
Eres Bendita entre todas  
porque muy cerca  
tienes a Tu Madre,  
que en la Madrugada Santa  
no duerme, mientras Tu sales.  
¿Dónde estará mi Niña?  
¿Dónde se ha ido?  
¿Tú lo sabes?  
La han visto por el  
Altozano, antes de  
cruzar el Puente.  
Iba como capitana  
a visitar Sevilla,  
a pesar del frío,  
de la noche y del relente.  
Por la Torre de la Iglesia  
entra una Paloma Blanca,*



*que se posa junto a Ella  
y dice para tranquilizarla:  
Abuela, Tu Niña Esperanza  
ha ido a Sevilla  
en busca de muchas almas  
que no pueden vivir sin Ella  
y sin mirarle a la cara,  
y sin rezarle bajito  
y sin llorarle sin lágrimas.  
Que no pueden pasar sin verla  
y sin pedirle Esperanza.  
Volverá por la mañana  
radiante de sol y alegría,  
y no traerá cansancio  
después de la Madrugada.  
Habrá pasado El Postigo,  
y en la calle de Adriano  
se habrá entretenido  
con sus Hermanas;  
por eso no te impacientes,  
Abuela, que Tu Niña Esperanza  
a pesar de que se ha ido  
siempre estará con Triana.*



Como sabéis, esta Ciudad lleva siglos expresando su identidad con la Semana Santa de tal manera que si no la celebráramos como lo hacemos no sería, sin duda, como es. De ahí que sus calles, plazas, espadañas, torres, su cielo, aire, perfume y todo su encanto, se dirijan a manifestarnos cómo fueron los últimos episodios que vivió en la tierra Aquel que es "*Camino Verdad y Vida*".

Se ha acondicionado meticulosamente durante mucho tiempo para esa celebración, ya que, si así no fuera, no podría salir a realizar su Estación de Penitencia la Hermandad del Santísimo Cristo de la Salud, María Santísima de la Luz en el Misterio de sus Tres Necesidades y Nuestra Señora del Mayor Dolor en su Soledad, cuando todos los años ha de superar la angostura de la calle de Varflora que parece estrecharse cada vez más en un vano intento de retenerla en su Capilla y en su Barrio.

Como se halla perfectamente adaptada para compartir con Jesucristo la Pasión, también se encuentra capacitada para cantar las alabanzas de su Madre. Así el Lunes Santo, en una equiparación fascinante con el Lunes de Pentecostés, María de Nazareth, la Mujer del Evangelio como le gustaba llamarla, a veces, a Jesús, es glorificada por sus hijos bajo una advocación que, por un lado, es llanto de dolor y, por otro, campo de amanecida y olor de marismas tempranas.

Sí, María Santísima del Rocío, qué hechizo es el que te envuelve que, con solo pronunciar Tu nombre, Sevilla llora el Lunes Santo por Argote de Molina o Cardenal Cervantes, y, sin embargo, el de Pentecostés, cinco de tus



Barrios te cantan a corazón abierto para mostrar el cariño y devoción que Te tienen.

¿Qué ocurre, Señora? ¿Cómo es posible que la misma Ciudad, que Tus mismos hijos, un Lunes se aflijan ante Ti, y otro poco después, te vitoreen y alaben como Reina de las Marismas celestiales? Esto, a simple vista puede parecer una dualidad o binarismo, o, incluso para muchos un motivo de exclusión de uno u otro sentimiento. Creo que no debe ser en exclusiva ni una cosa ni otra porque Tú, María, Tu Figura, Tu Persona, como Mujer y Madre de Dios y de la Iglesia reúnes y aglutinas a todos en un Pentecostés Eterno.

Después de leer a San Juan y la narración de la infancia de Tu Hijo que hacen San Mateo y San Lucas, no tenemos más remedio que concluir, como lo hace la mejor y más reciente Teología Mariana, en que Tu, por esa significación tan especial que tuviste en la obra de Tu Hijo, ocupaste un lugar preferente entre sus discípulos y te reconocieron sin duda ni paliativos como la Madre de Jesús y de la Primera Iglesia.

Pero muchos, Señora, te quieren ver únicamente en tu Paso de Palio, llorando detrás de Tu Hijo por el beso falso de traición y de acusación que constantemente le estamos dando los hombres. Otros desean, por el contrario, verte sólo radiante de Luz y Alegría, mostrándoles en Tus manos al que es Salvador del Mundo, aunque sea un Pequeño Pastorcito. ¿No es posible verte y sentirte de las dos formas? ¿Es una excluyente de la otra? A mí me parece que no, que eres única, que no es posible contigo limitación de ningún tipo y que no se te puede querer de dos formas diferentes.

Desde mi designación como Pregonero, algunos han querido sembrar en mi la duda, y he tenido que ir a Tu Iglesia de Santiago Apóstol para ver si eras distinta, si mi devoción hacia Ti era incompleta, o si hacía mal por quererte de la forma que te quiero y, por tanto, pregonar la Pasión Muerte y Resurrección de Tu Hijo. Sólo bastó mirarte a los ojos y ver Tu cara de Mujer llorosa, para ratificarme en lo que ya sabía: que Tu, María, Virgen Santísima, Madre de Dios, Madre de la Iglesia y nuestra, eres sólo Una en el Cielo y en la tierra y que así es como te quiero y venero.



Y que Tu eres la Madre de Dios, lo tiene asumido Sevilla. Por eso, desde San Gil, desde la atalaya luminosa que supone el Arco de la Macarena, Ella, la Madre de Dios y de Sevilla está presente y preocupada por todos, no sólo desde su maravilloso retablo que corona el arbotante de tantos significados, sino que, también, desde su majestuoso Camarín contempla alborozada la devoción y el halago que sus hijos tienen para con Ella todo el año.

Corría el año de 1989, y el Pregonero, por razón de su cargo, tuvo el orgullo y honor, por primera vez en su vida de presidir en nombre y representación de las Hermandades y Cofradías, el Palquillo de la Campana.

Hacía un rato que había pasado sobre su Tabernáculo dorado el Cristo al que le están leyendo la Sentencia que fue la más errática de toda la Historia Judicial, porque, a pesar de que su fallo contenía una condena a muerte, esta no fue tal, sino que se convirtió en una auténtica absolución de Libertad y Amor hacia todos los hombres.

A través de esa exculpación sentimos en nosotros dos cualidades: Amor y Libertad, tan necesarias en los hombres y tan fundamentales para los Hijos de Dios. Sentencia de Cristo; veredicto erróneo. Nunca se puede condenar, ni matar a Dios por mucho que se empeñe parte de la humanidad en querer que se produzca Su Silencio. Y al no acallarse esa voz que dice: "*Este es mi Hijo muy amado*", los Macarenos lo custodian, protegen y miman con Cien hombres que, aunque parezcan con sus corazas, lanzas y escudos que colaborarán en la ejecución, para ellos no son más que unos signos visibles de



tradición y servicio a una causa, que encierra todo un ritual de afectividad y unción.

Centuria de la Macarena, cuyas plumas blancas el Viernes Santo se mecían al alba como palomas que contienen mensajes de paz, y no son atributos de contiendas, ni de dominio, pues se mezclan en vaivenes continuos y apacibles, como si fueran nubes nacaradas que quisieran proteger a su Cristo de la Sentencia.

La Virgen de la Esperanza había doblado ya la esquina de la Plaza del Duque, a los sones de *Pasa Macarena*. Se dirigía, con ese caminar característico de sus costaleros que nos recuerdan a veces a los popularmente conocidos, en otra hora, como ratones, hacia la entrada de la calle de la Sierpes.

Se arrió el paso delante del *Palquillo*, como muestra de delicadeza y respeto hacia todas las Hermandades y Cofradías de Sevilla, que allí se representan. Sonó el golpe seco de la tambora y, acallada la música, se hizo un silencio íntimo en toda la Plaza. Uno de los pocos que tienen la dicha de ir todo el recorrido al lado de Ella, conocido mío, al verme embelesado, con la mirada fija y atenta en la cara más bonita de Virgen que hay en todo el orbe Católico, me dijo en voz alta: "*Aquí te traigo a la Madre de Dios*".

En aquel momento yo no podía articular palabra; estaba cautivado ante tanta belleza y perfección y, además, profundamente recogido en un entrañable monólogo rogativo con Ella, como cuando tuve la dicha única e irrepetible de llevarla en mis brazos. Esas palabras resonaron en mis oídos al final de la oración de tal manera que, con los ojos aun llorosos, le dije: "*Macarena de mi alma, Tu sí que eres, verdaderamente, la Madre de Dios en Sevilla*".

La Virgen pasó como en un sueño camino de la Catedral. Sus cinco flores, cimbreantes, de esmeraldas toreras le daban el justo y preciso reflejo a su rostro de Mujer Sevillana. Parecía como si tuviera prisa por llegar cuanto antes a Su calle Parras.



Calle Parras de Sevilla, que te transformas por unas horas en un templo más de esta Ciudad donde, el techo es el mismo Cielo; los bancos, son las aceras y ventanales repletos de corazones implorantes; la música del órgano, es el quejío desgarrador de incesantes saetas y el Altar, el Paso de Palio incomparable de nuestra Señora de la Esperanza.

En esa Iglesia efímera, tienen lugar las lágrimas incontenidas del hombre que ha sentido en sus ser la capacidad de curación que tiene LA VIRGEN DE SEVILLA; los suspiros entrecortados de la mujer sencilla, que hacen que su rezar resulte fácil y entendible para Ella. Y que esa madre, abandonada e inmersa en la ola de separaciones matrimoniales, que parece anegar nuestra sociedad, al apretar a su hija de corta edad contra su pecho se sienta confortada y con el vigor necesario para continuar trabajando y luchando sola en la vida.

Iglesia pasajera de la calla Parras, allí, en un momento determinado, se reúne el alma y el corazón palpitante de todo el barrio de la Macarena para decirle a su Virgen:

*Niña de Tu Barrio Bonita,  
Mujer de Nazareth, al Alba,  
Madre de Dios en La Tierra,  
Y Esperanza ya alcanzada.  
Tu calle Parra parece  
Templo de oración y amores,  
donde toda Sevilla reza  
confiada y sin temores.  
Virgen de la Macarena  
sólo Dios pudo esculpirte,  
porque no hay Otra como Tú,  
ni rostro tan reluciente,  
ni llanto como el tuyo  
ni sonrisa tan incipiente.  
Por eso, Tu Pueblo llora  
cuando te mira a la cara;  
Madre de Dios en la tierra,  
Virgen, Reina y Sevillana.*



Señora, contigo y con cuantos vivieron en la amistad de tu Hijo a través de los tiempos, haz que merezcamos compartir la vida eterna que El estrenó después de su Sagrado Descendimiento.

Misterio grandioso y conmovedor de la Semana Santa. En él, Cristo descendido meticulosamente por Nicodemus y Josefa de Arimatea, nos presenta su Cuerpo roto, en el que se pueden ver, todavía, las gotas de sangre en Su frente y el fluir de ellas por cuello y pecho, señal inequívoca de los sufrimientos de su Pasión.

Quinta Angustia de María Santísima, enséñanos a mirar siempre a Tu Hijo con la fijeza y persistencia con que Tu lo haces, y que Tu cara de mujer, macilenta y enternecedora, marcada por el dolor, nos lleve a quererte de la manera que lo hicieron las Tres Marías que te acompañan en Tu excepcional Paso de Misterio.

Pasos de Misterio que les dice Sevilla, y que son expresión inigualada de un sentir hondo que nos muestra casi de una forma real, cómo tuvo que ser la Sagrada Mortaja y cómo el Traslado del Santísimo Cristo de la Caridad al Santo Sepulcro, rodeado de los pocos íntimos que le quedaron en sus últimos momentos; en contraposición con la muchedumbre, "*más de cinco mil*", narra el Evangelio que le siguieron en algunas ocasiones, coadyuvando el contraste a un Mayor Dolor de Nuestra Señora, que después de sellado el



Sepulcro con la Piedra, se vio sobrecogida por la más absoluta y espantosa de las soledades.

Así nos la muestra la Franciscana Virgen de la Soledad y, también, otra Virgen que camina desde la Iglesia de San Lorenzo el Sábado Santo, detrás del Santo Entierro de su Hijo, acompañada en su tribulación y dolor por los nazarenos de Su Hermandad, que todo el año tienen muy presente en su quehacer el contenido del testamento de Cristo desde la Cruz: *"Hijo, ahí tienes a Tu Madre"*.

Y esa especie de nueva maternidad, engendrada por la Fe como dice la *"Redemptoris Mater"* que encierran las palabras de *"Mujer ahí tienes a Tu hijo"*, hacen que se mitigue la tortura de su Soledad, porque sus cofrades de San Lorenzo, llevan a los menesterosos, el remedio de una generosidad y desprendimiento sin fronteras.



Y , también, sin extremos es como se nos ofrece el mismo Jesucristo en todo su Poder al Padre. "Por El; con El y en El". Es Jesús de Nazareth, Hombre y Dios, el que, con la Cruz a cuestras, vernos caminando de prisa, como si quisiera sin retrasos consumir Su obra y entregársela al Padre. Por eso, Su compás abierto; Su pisada firme; Su zancada segura y Su Poder sobre todas las cosas del Mundo. El Pueblo de Dios, como si fuera un Viernes más del año, sale en busca de su Señor, pero no a su Basílica, sino al camino del Calvario, convertido por unas horas las calles de la Ciudad, que las vuelve a recorrer Jesús con la pujanza de su Amor por Ella. Y así, encontrase con Él, aunque sepan de antemano que es imposible resistir su mirada sin que todo el cuerpo se conmueva, al ver por la Jerusalén sevillana, rodeado de un mutismo de veneración y respeto, al Señor de Sevilla, diciéndonos a todos: "*Mi yugo es suave y mi carga ligera*".

En su rostro se nos hace difícil de adivinar si hay dolor o desengaño; turbación o sacrificio. Su cara y su expresión es una amalgama perfecta de todo ello. En El vernos al Dios Grande y Fuerte que vio el Profeta Isaías. Ese Dios que hace llorar de emoción a los *armaos* de la Macarena cuando a última hora del Jueves Santo lo visitan para rendirle homenaje de adoración y respeto al Siervo de Yahvé. Ese Dios que puede dar nuevas fuerzas y nueva vida a quienes crean en Él y que hizo exclamar al Centurión "*En verdad este hombre era el Hijo de Dios*".



*Señor de Sevilla  
Jesús del Gran Poder,  
Templo de padecimientos  
y entrega,  
el Viernes al amanecer.  
Tu andar seguro  
y Tu rostro de sufrimiento  
hacen que no pueda  
tu mirada mantener.  
Te veo, Señor,  
siempre entre lágrimas,  
porque tu figura  
me hace estremecer  
y recordar ensimismado  
a aquellos que,  
con ejemplo como el Tuyo,  
me transmitieron  
devoción y Fe.  
Señor de los sevillanos,  
que con tu dominio  
y Poder  
te quedaste a vivir  
con nosotros,  
haz que después  
de la muerte  
podamos tu rostro ver.*



Y en esa noche fascinante de Sevilla, desde San Román nos llega el testimonio vivo y ejemplar de una estirpe que vibra en su veneración a Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias. Él, como Redentor, a costas con las duquelas de hombres y mujeres de esa raza.

La Virgen, esplendorosa de luz y belleza, nos refleja en su cara las Angustias que, el trato a veces injusto y falto de atención, le dispensa la sociedad a sus hijos. La Fragua y la bulería se tornan cirios alumbradores de Fe y marcha procesional que, sobre los pies, me atrevería a decir, casi de puntillas, llevan a Nuestro Padre Jesús de la Salud en su entrada en la Campana en un tiempo que me parece una eternidad de Amor, durante el que resuena en nuestros oídos aquella saeta que dice:

*Padre mío de la Salud  
El que te sepa querer  
Por el respeto a tu Cruz  
Que no te llame Manué,  
Porque tu nombre es Jesús*

Y Jesús volverá a caer, por última vez, en la antigua costanilla de San Isidoro, inmortalizada por tantos escritores. Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas es el último que procesiona en nuestra Semana Santa con la Cruz a costas y cogida de una manera sublime. Por eso, su mirada de agotamiento,



su figura vacilante y derrumbada, es llevada amorosamente sobre una costana de claveles rojos, para que no se dañen más sus dobladas rodillas. Sus Hermanos nazarenos forman en la noche del Viernes Santo una sucesión continuada de negras sombras, modélica por su rigor y perfección, junto a Nuestra Señora de Loreto quien, con alas de entronización desplegadas al aire de la noche sevillana, vuela hacia los corazones de sus hijos que la consuelan del dolor de ver a Jesús caído en la tierra.

Y será exaltado en la Cruz, como refrendo y aseveración ante su Pueblo de una donación sin medida al Padre. Al Santísimo Cristo de la Exaltación, después de su dificultosa salida, en la estrecha calle de Sta. Catalina, el sol de Sevilla le cae mansamente sobre su rostro como queriéndole enjugar su sufrimiento. Hay en esa salida un juego de luces y sombras, hasta que se llega a la calle Gerona, que le dan a ese portentoso Paso y, sobre todo, al Señor, la armonía y perfección que encierra su imagen, y a la vez le sirven de pañuelo a su Madre para secar sus benditas Lágrimas.

Y una vez levantado en la Cruz expirará también en el sevillano barrio del Museo, que se ve sumergido en el llanto de María Santísima de las Aguas, y que, a los sonos de la marcha vibrante, de su nombre, desemboca por la calle Alfonso XII con su mirada fija en la Cruz, donde muere Jesús. Y en esa noche del Lunes Santo las oraciones se hacen una y otra vez canto de saetas que, al rasgar el aire tranquilo y sosegado de la Plaza, resuenan como un torrente de aguas limpias de devoción y cariño.



Ya el Pregón ha recorrido como si fuera un canto litúrgico la Plegaria Eucarística. En ella, se han ido engarzando a través de los hilos que han supuesto mis palabras, con la enraizada aguja de mis sentimientos y vivencias todo lo que este sevillano de nacimiento y corazón ha sido capaz de proclamar a Sevilla en esta mañana de su ya cercana primavera, sobre nuestra querida e inigualada Semana Santa. Ya solo le queda, como estudiante que es y seguirá siendo, durante toda su vida, de Dios, de su Palabra y de Su Obra, ser fiel a Su recomendación de Amor y seguir Su Divina enseñanza que desde la Cruz le imparte, para así servir y llevar a los demás el mensaje de Fe, Esperanza y Alegría, que el Santísimo Cristo de la Buena Muerte, como Maestro Bueno que es, transmite a Sevilla la tarde noche del Martes Santo.

El Cristo de los Estudiantes, nos muestra paradójicamente, como puede morir Dios y ostensiblemente como murió Jesús de Nazareth. Por eso, es Buena su Muerte.

Representa el momento exacto de la defunción en la que, aún no se ha producido el rigor post mortem. El cuerpo entero se cuelga de la Cruz totalmente desgajado y abandonado, sin un sólo hálito de vida. Es la expresión más alcanzada de la figura de un crucificado que, además, era Dios. Por eso, es Buena su Muerte.

La ternura, la moderación y plasticidad de su cuerpo, nos revelan, sin duda alguna, su naturaleza Divina. Nos enseña a todos "*con autoridad*". Como dice San Marcos, que el Reino de Dios está entre nosotros, aunque los



hombres no hagamos lo suficiente por encontrarlo. El anuncio del Reino era común y corriente en el Antiguo Testamento, pero el de su inmediatez es propio y único de la enseñanza de Jesús. Por eso, es Buena su Muerte.

Sigue adoctrinándonos en una lección magistral de cómo fue su muerte, porque Él no quería morir, al menos, no creía que iba a morir así, crucificado. A Jesús le negaron su propia muerte. Hay, a través del contenido extenso de los textos sagrados, una serie de indicios que hacen creer que Jesús preveía su muerte por lapidación, pero nunca crucificado. Por eso, es Buena su Muerte.

La acusación contra Él era de blasfemia y de violación de la rigurosidad del sábado judío. Estos delitos en la ley hebrea se penaban con el apedreamiento, pero no con la crucifixión; ésta era solamente castigo romano. De ahí, que no solo pretendieron quitarle la vida, sino incluso el alcance y la trascendencia de ella misma. Con ese tipo de muerte no podía alumbrar ni explicar que su obra consistió en testimoniar la Palabra de Dios. Lo mataron así para que no diera testimonio de su Misión, sino que, a los ojos del pueblo, condenado a una pena romana, fuera un agitador político. No le ofrecieron a la hora de su muerte, ni siquiera el beneficio de la duda de su obra en la tierra. Por eso, es Buena su Muerte.

Nos enseña que con ella se produjo en rotundidad la salida de su espíritu hacia el Padre: "*en Tus manos encomiendo Mi Espíritu*". Nos invita a que entremos en su cuerpo, para apropiarnos y asimilar toda la realidad de su Encarnación y Redención, y con ello, como dice la Encíclica Redemptor Hominis, "*encontrarnos con nosotros mismos*". Por eso, es Buena su Muerte.

Y porque al verte, Jesús, el Martes Santo con Tu expresión de dulzura estás iniciando un dialogo imperecedero con el hombre, al que debe responder con la oración, porque rezar es, como dijo alguien, responder a Dios que se dirige al hombre a través de su Hijo. Y en Ti encontramos ese cauce para orar al Padre. Por eso, es Buena Tu Muerte.

Y porque cuando atraviesas la Plaza del Triunfo, o el Arco del Postigo, camino de la Catedral, donde tanto culto tuviste, Tu Madre, la Inmaculada; la



Pura y Limpia, viéndote pasar se olvida por unos momentos de su Angustia y vuelve a recordar, aunque solo sean unos instantes la alegría de Tu Concepción y Su Maternidad. Por eso, es Buena Tu Muerte.

Y porque todos Señor, cuando la noche del Martes Santo se enseñoorea sobre el día y sus sombras se adueñan del atrio o lonja de la Universidad, reflejando Tu figura en: su fachada, te pedimos y deseamos, que, no solo nosotros, sino nuestros seres más queridos tengamos una muerte tan dulce, afable, suave y benigna como la que se captó desde Tu monte de lirios. Por eso Señor es Buena Tu Muerte. Pero,

*Dicen que no has muerto.  
Que solo duermes  
enseñándonos Amor.  
Que para los estudiantes  
eres amparo, ejemplo  
y reflexión.  
Que das clase  
a la humanidad  
de dulzura, de paz  
y comprensión.  
Que eres hacha de cera  
que ilumina  
y hasta a la muerte  
le quitas su rigor.  
Que tienes a Sevilla cautiva  
y al Martes Santo  
en oración.  
Por eso, dicen que  
no has muerto  
que solo duermes  
enseñándonos Amor.*

Y ya el Pregón, también, tiene que entrar en el Templo de su silencio y recuerdo; antes de cerrar definitivamente las puertas del mismo, a este



costalero, con la ropa, la faja y alpargatas de su palabra, solo le resta en su última *chicotá*, decir que ha anunciado Tu Muerte, que ha proclamado Tu Resurrección, y teniendo muy presente en su alma Tu enseñanza de Amor, sólo le queda decir: "*Ven Señor Jesús*" para darnos el mejor Pregón de todos, porque "*Sólo Tú tienes palabras de Vida Eterna*". De ahí:

*Ven Señor Jesús.  
Ven que quitemos  
Tu sufrimiento,  
Que nace  
De Tu entrega y Amor  
Y danos la mano  
Que nos lleve,  
A la gracia de Tu Luz,  
de Tu Paz y Tu Perdón.*

He dicho





Fundación  
**EL MONTE**